

# ANIMORPHS

8



## El alienígena

K. A. Applegate

ESPA  
PDF

¿Qué harías si fueras el único extraterrestre atrapado en un extraño planeta? Probablemente largarte, ¿no? Pero ante esta situación Ax, como un gran guerrero andalita, tiene que mantener la sangre fría. Él ha estado en contacto con los animorphs desde que su hermano, el príncipe Elfangor, fuera aniquilado por Visser Tres. La vida en la Tierra es muy diferente para Ax. Pero comparte con los animorphs una misión: parar a los yeerks...



K. A. Applegate

# **El alienígena**

**Animorphs #08**

**ePub r1.0**

**Sharadore 02.01.14**

Título original: *The Alien*

K. A. Applegate, Julio 1997

Traducción: Raquel del Pozo

Diseño de portada: Sharadore

Editor digital: Sharadore

ePub base r1.0

**más libros en [espapdf.com](http://espapdf.com)**

A Michael

# PRÓLOGO

*Antes de llegar a la Tierra...*

<Preparados para entrar en espacio normal>, nos comunicó el capitán Nerefir por telepatía.

Me hallaba en el puente de mando de nuestra nave cúpula. Estaba eufórico porque era la primera vez que me permitían quedarme allí en lugar de obligarme a permanecer en mi camarote o arriba, en la cúpula. Para mí era todo un honor compartir el puente de mando con los guerreros, los príncipes y el mismísimo capitán.

De no haber sido el hermano pequeño de Elfangor, a un *aristh* como yo, es decir, a un guerrero cadete, jamás le habrían permitido estar allí. Y menos todavía después de haber chocado contra el capitán Nerefir con tanta violencia que éste cayó al suelo y se lastimó una de sus antenas oculares. Fue un accidente, de acuerdo, pero de cualquier manera no es muy oportuno ni conveniente para un cadete ir por ahí derribando héroes.

Pero como todos querían a Elfangor, me toleraban. Es la historia de mi vida. Estoy seguro de que aunque viviese doscientos años sería recordado como

el hermano pequeño de Elfangor.

Salimos del espacio cero, del gran vacío blanco, para adentrarnos en el espacio normal, una inmensa nebrura tachonada de estrellas según reflejaban los monitores y, justo delante de nosotros, a miles y miles de kilómetros de distancia, se empezaba a distinguir un pequeño planeta azul en su mayor parte.

<¿Es eso la Tierra? —le pregunté a Elfangor—. No imaginaba que hubiera tanta agua. ¿Por qué no convences al viejo carcamal para que me permita ir con vosotros allí?>

<¡Aximili!, ¿te quieres callas?>, ordenó con severidad mi hermano quien,

visiblemente molesto, miró de reojo al capitán Nerefir.

Elfangor temía que el capitán hubiese oído mis palabras pues, según él, había «hablado» muy alto. Yo, en cambio, habría apostado a que no. Nunca hubiera pensado que...

<Así que viejo carcamal, ¿eh? — interrumpió el capitán Nerefir—, así es como me llamáis, ¿no?>

<Estoy convencido de que este *aristh* no pretendía ofenderle>, se disculpó mi hermano tras fulminarme con la mirada.

Creo que, de haber podido, mi hermano me hubiera arrojado por la

esclusa más cercana.

Nerefir giró la cabeza lentamente hacia mí. El viejo andalita tenía un aspecto imponente. Era un gran guerrero, un héroe, y por eso mi hermano lo admiraba. Era su ídolo.

<Vaya, pero si es el mocoso que me tiró al suelo —recordó Nerefir—, conque viejo carcamal, ¿eh? No está mal, me gusta —miró a Elfangor y le guiñó un ojo—. Por esta vez, le perdonaremos la vida, ¿vale?>

De repente...

<¡Yeerks! ¡Señor, hemos detectado una nave nodriza yeerk en órbita sobre el planeta!>, exclamó el guerrero a

cargo del sensor.

<¡Atención, han lanzado varios cazas-insecto, doce en total! —informó otro—. Se disponen a atacar. Nos alcanzarán en doce minutos terrestres.>

El capitán Nerefir miró a mi hermano mientras sus antenas oculares permanecían fijas en los monitores. En su rostro ya no quedaba ni rastro del buen humor anterior.

<Príncipe Elfangor, ha llegado la hora. Disponga los cazas para la ofensiva.>

Elfangor no aguardó a recibir órdenes y para cuando el capitán terminó de dar la orden, mi hermano ya

casi había abandonado la sala. Yo lo seguí y al cruzar la puerta me golpeé la cola.

<¡Aximili, vete a la cúpula enseguida!>, me ordenó mi hermano.

<¡Yo también quiero luchar! — repliqué—. Sé manejar esos cazas tan bien como...>

<¡No hay más que hablar, Aximili! Los *aristh* no luchan. Todavía no estás preparado. Vete a la cúpula, allí estarás a salvo.>

<¡No quiero estar a salvo!>. Pero un guerrero, incluso un guerrero cadete, debe acatar las órdenes. Elfangor era mi hermano, pero también mi Príncipe.

Desde el puente de mando me llegaban por telepatía voces nerviosas:

<Los cazas yeerks se aproximan rápidamente.>

<Están entrando en el campo gravitacional externo del planeta.>

Elfangor y yo llegamos a los conductos. Decenas de guerreros descendían por ellos a toda velocidad hacia las pistas de lanzamiento, y yo estaba obligado a subir a la parte de arriba y refugiarme en la cúpula. El conducto que llevaba a la parte superior, como os podéis imaginar, estaba vacío.

Estaba furioso. Todos iban a lucha excepto yo. Cuando todo acabara, mi

hermano se habría convertido en un héroe y yo seguiría siendo su hermano pequeño, un niño.

Elfangor vaciló durante unos segundos antes de precipitarse por el conducto. Enarcó hacia delante su cola y yo le imité y nuestras colas se tocaron.

<Ya llegará tu momento, Aximili — me consoló mi hermano—. Muy pronto tu caza volará junto al mío, pero no será en esta batalla.>

<Sí, mi Príncipe —acaté en un tono formal y rígido. Sin embargo, antes de que desapareciera por el conducto, como no quería que se fuera pensando que estaba enfadado, añadí—: ¡Ey,

Elfangor! Acaba con todos esos gusanos.>

<Ésa es mi intención, hermanito —respondió tras soltar una carcajada—. Ésa es mi intención.>

Fue la última vez que lo vi.

Desapareció por el conducto y yo me dirigí hacia la parte superior, hacia el corazón de nuestra nave: una enorme llanura circular cubierta por una cúpula en cuyo interior había hierba, árboles y agua corriente procedentes de nuestro planeta.

No había nadie más allí. Era el único ocupante en aquella enorme nave, un cadete sin batalla en la que luchar.

Por encima de mi cabeza veía el planeta azul suspendido en un cielo negro. Tenía una luna que más bien parecía una pelota de polvo estática. El planeta, en cambio, parecía rebosante de vida. Sus nubes blancas se arremolinaban sin parar y la luz fulgurante del sol iluminaba vastos océanos.

Se dice que este planeta está habitado por seres inteligentes. Habíamos aprendido sobre ellos en la escuela.

Pero mis ojos principales seguían atentos a las brillantes llamaradas que despedían las toberas de nuestros cazas

al lanzarse contra los imparables yeerks.

Me hallaba lejos del puente de mando y fuera del alcance de nuestro campo telepático de comunicación. No oía nada, salvo la suave brisa artificial acariciando las hojas de los árboles. Permanecí de pie sobre la hierba verde azulada, sin perder de vista los diminutos puntos de luz de la batalla que se libraba en la órbita del planeta azul.

Entonces... noté su presencia, sentí una vibración, una ola helada, que me anunciaban que algo terrible iba a ocurrir. La pesadilla estaba a punto de empezar.

Enfoqué mis antenas oculares hacia

la luna muerta del planeta azul y allí estaba, una sombra negra se destacaba en la luz blanquecina de la luna, una sombra con la forma de una enorme hacha de guerra.

<¡Una nave-espada! —murmuré—, ¡la nave-espada de un Visser!>

No había ningún caza disponible, todos estaban en la batalla. La nave cúpula contaba con unas armas muy potentes, pero la nave-espada resultaba muy manejable y rápida, quizá demasiado.

Los guerreros del puente de mando no tenían otra opción. Si querían atacar tendrían que separarse de la cúpula. Un

chirrido me anunció que la cúpula se había desligado de la parte central de la nave. Entonces, libre y en silencio, vagué sin rumbo.

Luego, la parte de la que me había separado apareció ante mis ojos. Sin la cúpula, la nave no era sino una especie de bastón alargado cuya base sobresalía por el enorme volumen de sus motores, y en cuya parte central se distinguía el puente de mando. Estaban tratando de girar para enfrentarse a la nave-espada, sin embargo no lo hicieron con la suficiente rapidez y la nave-espada disparó.

<¡NO!>

La maldita nave disparó una y otra vez. Los rayos dragón centelleaban en el espacio. De repente... ¡una explosión de luz! Una explosión de luz silenciosa, como la supernova de una pequeña estrella.

La nave... mi nave... se deshizo en mil átomos. Hubo un enorme resplandor de luz y cientos de andalitas resultaron muertos. La onda expansiva llegó hasta la cúpula transformada en sonido. Aquella sacudida atronadora hizo temblar la hierba que yo pisaba, el ruido era infernal.

<¡AHHHH!>

Mis rodillas cedieron y me

desplomé. La cúpula giraba fuera de control y la gravedad artificial comenzaba a debilitarse, los estabilizadores habían fallado y la cúpula se precipitaba al vacío, fuera de órbita.

Enseguida entré en el campo de atracción del planeta azul. La atmósfera de un fulgor rojizo me fue descubriendo un cielo que más bien parecía fuego. Los motores de emergencia se activaron con un ruido ensordecedor pero lo único que podían hacer era frenar la nave, que caía a una velocidad vertiginosa hacia el mar resplandeciente.

¡CRRRRRAAAAASSSHHHHHH!, la

cúpula chocó contra la superficie del mar. El agua bullía alrededor de la nave. ¡Me estaba hundiendo!, me hundía en las profundidades del mar del planeta azul. Me encontraba indefenso y completamente aterrorizado.

Estaba solo.

Después de una eternidad, la nave crujió. Había tocado fondo. Al mirar hacia arriba, apenas distinguía la superficie, que debía de estar a unos treinta metros o más de donde yo me encontraba.

Me incorporé con dificultad, me temblaban las piernas, y miré a mi alrededor. Allí estaba yo, en aquella

gran llanura extraída de mi planeta, un parque verde azulado perdido en las profundidades de un océano alienígena.

Esperé semanas y semanas. Envié llamadas de auxilio por telepatía a mi hermano. Sabía que él acudiría en mi ayuda... si es que todavía se encontraba con vida.

Al final no fue Elfangor quien me sacó de allí, sino cinco criaturas de este planeta, cinco «humanos», como ellos mismos se llaman. Fueron ellos los que me informaron de que mi hermano había muerto y de que éste, en contra de las leyes y costumbres de nuestro planeta, les había otorgado nuestro poder: la

capacidad de la metamorfosis. Cuando me lo contaron me quedé atónito, pero traté de disimular.

Además habían sido testigos de su espantosa muerte a manos de un terrible asesino, el todopoderoso yeerk Visser Tres.

Visser Tres había acabado con la vida de mi pobre hermano indefenso y malherido. Ese monstruo es el único yeerk que ha ocupado y controlado un cerebro andalita.

Visser Tres, una abominación para mi gente, es el único controlador andalita, es decir, el único yeerk con cuerpo de andalita.

Esa horrible sabandija había matado a Elfangor y eso representaba una enorme responsabilidad para mí.

Según la tradición andalita, debía vengarse la muerte de mi hermano. Algún día yo tendría que matar a Visser Tres.

# 1

*En la Tierra*

Lo primero que le llama la atención a un andalita es que los humanos sólo necesitan dos piernas para caminar. Es muy extraño ver cómo estas criaturas logran mantenerse en equilibrio así, pero lo cierto es que no se caen casi nunca.

**Extraído del diario  
terricola de Aximili-  
Esgarrouth-Isthill**

---

Mi nombre completo es Aximili-Esgarrouth-Isthill, pero mis amigos humanos me llaman Ax. Soy un andalita joven. Tengo cuatro patas, dos brazos y cola de escorpión.

Según dicen, parezco un cruce entre un ciervo, un escorpión y un humano, pero yo no estoy del todo de acuerdo porque los ciervos que he visto en el bosque tienen boca y yo no. Además sólo tienen dos ojos y yo tengo cuatro.

En cuanto a los escorpiones, sólo los he visto en foto y el único rasgo común entre nosotros es la cola, curvada hacia arriba y rematada en una hoja muy

afilada.

Como soy un andalita tengo la facultad de cambiar de forma. No es una característica de nuestra especie, sino una tecnología que hemos desarrollado. Nosotros fuimos los que la inventamos y somos los únicos en toda la galaxia que gozan de ese poder, a excepción de mis amigos humanos, claro. Ellos también son mutantes, aunque gracias a la ciencia andalita y a que mi hermano se saltó la ley y les reveló nuestro secreto.

El único problema de la metamorfosis es el límite de tiempo, ya que sólo puedes permanecer transformado dos horas terrestres como

máximo.

Recuerdo una ocasión en que mis amigos humanos y yo nos embarcamos en una misión un tanto peligrosa y tuvimos que planearlo todo al milímetro, sobre todo el tiempo que nos llevaría. Se trataba de una misión muy arriesgada: íbamos a ir al cine a ver una película.

—Esto es lo que haremos, Ax — explicó Marco—: verás sólo una hora de película. Te acompañaremos al cine del centro comercial y podrás ver la primera hora de película. Luego te llevaremos al bosque para que vuelvas a tu estado natural.

El cine es una parte muy importante de la cultura humana. Como no tenía más remedio que seguir en la Tierra entre alienígenas, había decidido que, por lo menos, iba a aprender todo cuanto estuviera a mi alcance sobre esta especie. Quizá nunca llegue a convertirme en un gran héroe como lo fue Elfangor, pero me volveré un experto en materia terrícola.

Si quería ir al cine, no podía hacerlo en mi estado natural de andalita. Los humanos se darían un susto de muerte y los controladores humanos intentarían matarme, lo cual hubiera arruinado por completo el experimento.

Así que tenía que transformarme, adquirir una forma que ya había experimentado muchas veces y que no me crearía ningún problema.

Estaba con mis amigos en el bosque que nos sirve de escondrijo y que se ha convertido en mi hogar. Como iba diciendo, allí estábamos todos, el príncipe Jake, Marco, Cassie, Rachel y Tobías, aunque éste último a cierta distancia de nosotros.

—Bueno, vamos allá —indicó Jake, produciendo sonidos con su boca. Luego consultó su reloj—. Rachel, ¿recuerdas el plan de emergencia? ¿Adónde se dirigirá Ax si tiene que transformarse

urgentemente?

—A los probadores de Nordstrom. Son grandes y muy reservados, los mejores de todo el centro comercial. Cassie y yo haremos guardia en la puerta de los multicines listas para echarle una mano en caso de que surja un imprevisto.

—Rachel además ha prometido no pararse a mirar ropa en Junior Miss — bromeó Cassie.

Jake alzó la vista hacia el cielo. Por encima de las copas de los árboles, un ratonero de cola roja flotaba llevado por la brisa templada.

—¡Tobías! —lo llamó Jake.

<Vía libre —informó Tobías por telepatía—. Adelante.>

Tobías es un *nothlit*: una persona atrapada en una forma. Eso es lo que pasa cuando se excede el límite de las dos horas. Tobías es un humano pero tiene el cuerpo de un ave. La verdad es que se ha adaptado bastante bien a su nuevo y extraño estilo de vida. Vive conmigo en el bosque.

Durante mucho tiempo esperé que Tobías me hiciera una pregunta que estoy seguro le ha rondado por la mente. Estaba convencido de que me preguntaría si le sería posible algún día recuperar su cuerpo de humano. Pero

nunca lo ha hecho. Supongo que le da miedo la respuesta y, desde luego, no voy a ser yo quien saque el tema.

—Muy bien —observó Jake—, vamos allá.

Empecé a transformarme. Lo primero que sentí fue cómo mis órganos se derritieron y enseguida me invadió un malestar general al notar que mis entrañas se removían. Luego sufrí una sacudida sobrecogedora y mis corazones segundo y tercero dejaron de latir. Un chirrido me indicó que mi columna había empezado a encoger.

Mis patas delanteras se arrugaron y desaparecieron y, a partir de ese

momento, sabía que en cualquier momento podría caer de bruces. Mis brazos se hicieron más gruesos y fuertes, y de ambas manos me desaparecieron dos dedos hasta quedarme sólo con cinco en cada una.

Mis hombros se ensancharon para sujetar así mis enormes brazos. Mis patas traseras ganaban robustez según iba recayendo más peso sobre ellas.

Las antenas oculares se fueron replegando de forma progresiva y, al hacerlo, mi visión disminuía, como si alguien fuera apagando las luces. De repente desaparecieron del todo y me quedé tan sólo con dos ojos.

Ésa es una de las cosas que peor llevo. El hecho de tener sólo dos ojos te limita mucho porque no puedes mirar a diferentes sitios a la vez, ni siquiera hacia atrás.

Mi columna siguió encogiéndose hasta esfumarse por completo, al tiempo que mi cola perdía consistencia y terminaba por desaparecer.

—¡Agarradlo!, está a punto de caerse —advirtió el príncipe Jake.

Marco y él se apresuraron a sujetarme y mantenerme erguido, una vez mis patas delanteras se desvanecieron del todo.

—¡La ropa, la ropa! —me recordó

Rachel con una mueca—. La ropa, no te olvides del uniforme de las transformaciones, Ax.

Poco a poco iba apareciendo la ropa que cubriría mi nuevo cuerpo. No es una tarea fácil, de hecho, sólo era capaz de obtener un tipo de ropa muy ajustada.

—¿Has acabado? —me preguntó el príncipe Jake.

Me observé de pies a cabeza para comprobarlo. Estaba erguido sobre dos piernas, tenía dos brazos robustos y diez fuertes dedos. Apenas había vello en mi cuerpo y mis ojos eran más bien débiles, lo único que alcanzaban a distinguir era aquello que estaba justo delante de mí.

Gozaba de un buen oído y mi cerebro funcionaba con toda normalidad. ¡Ah!, y además me había salido boca.

—Sí —contesté usando la boca—, sssí, ssííí, ssí-seee. Ya soy un humano.

Me había convertido en humano. El ADN lo había adquirido hacía ya tiempo, en realidad era una mezcla del ADN de Jake, Cassie, Rachel y Marco. Me habría gustado tener también el de Tobías pero eso resultaba imposible puesto que se trataba de un *nothlit*.

Mis amigos humanos son diferentes entre sí, pero todos tienen dos piernas, dos brazos y dos ojos, además de una boca.

El príncipe Jake es alto, pálido y de pelo castaño. Cassie es más baja, su piel es más oscura y su pelo también. Marco es más bien bajito, su color de piel no es tan claro como el de Jake ni tan oscuro como el de Cassie y tiene el pelo largo y castaño. Rachel es más alta, su color de piel también es pálido, parecido al de Jake y tiene el pelo amarillo.

—Siempre que le veo se me ponen los pelos de punta —comentó Marco mirándome de reojo—. Es como si a los cuatro nos hubieran pasado por una batidora. Esos ojos son los míos.

—Para mí lo peor es que cada vez que lo miro pienso: «qué chico tan

guapo» —dijo Rachel—, y entonces me doy cuenta de que se parece a Cassie, incluso a mí.

—¿Cómo? ¿Rachel enamorada de ella misma? —dijo Marco con una inflexión de voz que los humanos llaman sarcasmo. Luego puso cara de preocupación—. Todavía no tengo muy claro que esto sea una buena idea. Los controladores estarán...

—¡Chist! —interrumpió el príncipe Jake—. Esta vez no queremos saber nada de controladores, ni de yeerks, ni de Visser Tres. Nos vamos a tomar unas minivacaciones. Nos lo merecemos después de todo lo que hemos pasado.

Llevamos mucho tiempo luchando, hemos destruido la kandrona y derrotado a ese monstruo cuyo llamado Veleek. Necesitamos un descanso, ya que Ax quiere aprender más cosas sobre los humanos, vamos a complacerle.

Yo nunca he sido un gran estudiante pero me podía imaginar lo que mis compañeros andalitas me preguntarían cuando por fin me rescataran. Algo así como:

<Muy bien, Aximili, ¿qué es lo que has aprendido sobre la Tierra?>

Y yo me imaginaba respondiendo:

<Um... bueno, no mucho.>

El truco consistía en aprender todo

sobre los humanos sin que éstos aprendieran demasiado sobre nosotros. Había cosas que no les podía contar porque se volverían en mi contra.

—Deberíamos atacar a los yeerks aprovechando que ahora están en baja forma —refunfuñó Rachel—. Sabemos que los yeerks no dispondrán de otra kandrona hasta dentro de una semana, así que deben de estar muriéndose de hambre por falta de rayos kandrona. Insisto en que es el momento de enfrentarnos a ellos.

Los yeerks son una raza de gusanos que se alojan y viven en los cerebros de otras especies. Estos parásitos dominan

por completo los cuerpos que ocupan y los convierten en controladores. Así pues, hay controladores hork-bajirs, controladores taxxonitas, y cada vez más controladores humanos. Cualquier terrícola podría ser uno de ellos, es imposible distinguirlos. Eso sólo lo pueden hacer los andalitas.

Yo estaba de acuerdo con Rachel, aunque también entendía las razones del príncipe Jake. Ningún guerrero puede luchar constantemente.

—Escuchad un momento —replicó el príncipe Jake—, les hemos dado una buena lección a esos malditos gusanos, de acuerdo, hemos hecho un buen

trabajo. Pero están instalando una nueva kandra, así que no debemos hacernos ilusiones y dar por sentado que les hemos vencido porque, si es así, no lo parece. Yo esperaba ver morir yeerks a diestro y siniestro, y a cientos de controladores libres al fin. Y sin embargo, no ha ocurrido nada de eso. Al parecer, de alguna manera han logrado sobrevivir.

—Es pronto para saberlo todavía —apuntó Cassie—. Que no los hayamos visto sufrir no significa que no sufran.

—Y dale, ya estamos otra vez hablando de los yeerks —se lamentó Jake a punto de perder la paciencia—.

Estamos vivos de milagro, y no es la primera vez. Así que ahora vamos a tranquilizarnos un poco y a intentar ser normales. Iremos a ver esa película y nos lo vamos a pasar fenomenal. Y nadie... ¿me has oído bien, Rachel? Nadie va a buscar pelea, ¿de acuerdo?

—¿A que resulta irresistible cuando se pone agresivo? —le comentó Marco a Cassie—. En el fondo es un Schwarzenegger.

—Muy bien, Ax —ordenó Jake—. Es hora de vertirse.

—Pero príncipe Jake, ya estoy vestido —le dije señalando la ropa que cubría mi cuerpo—, vestidoooo, tidoooo.

Me parecía increíble emitir sonidos con la boca. En realidad las palabras no son otra cosa que las vibraciones producidas por las cuerdas vocales combinadas con la posición de la lengua. Aunque algunos sonidos son mejores que otros, como por ejemplo «ido».

—No me llames príncipe —me advirtió el príncipe Jake.

—Ax, pareces salido de un velódromo —observó Marco.

—No puedes salir a la calle con mallas y un top ajustado de licra —resolvió Rachel—. Queda muy hortera.

A continuación me pasó una bolsa

con ropa para que me vistiera como era debido. ¡Qué complicado! Hay tantas cosas que recordar, y es que cada pieza de ropa va en un sitio concreto. Así por ejemplo los calcetines se llevan en los pies exclusivamente, nada de ponértelos en las manos. ¡Buff! Me llevó un buen rato conseguir colocármelo todo en el lugar adecuado.

Cuando terminé, todos me observaban fijamente, incluso Tobías, que descendió para verme mejor.

—Rachel, parece que vaya al club de campo a jugar un partido de polo —opinó Marco—. Ya sabía yo que era un error que escogieras tú la ropa. Vestido

así está pidiendo a gritos que se metan con él, hasta a mí me dan ganas de darle una buena paliza.

—Porque es un estilo clásico —replicó Rachel ofendida—. Mira quién fue a hablar, precisamente tú que te vistes peor que Beavis.

—Pues yo creo que está muy mono —dijo Cassie.

<¡Exacto!>, remarcó con sorna Tobías apostado en una rama por encima de nuestras cabezas.

—¿«Mono»? ¿Como los animales? ¿Eso es bueno o malo? —pregunté.

<Depende de cómo lo mires, Axman —respondió Tobías—. Venga,

vamos, que seguro que te vas a divertir.>

«Ax-man», así me llama Tobías algunas veces.

—Venga, Ax —me animó el príncipe Jake sonriendo—. Vamos allá. Si alguien intenta pegarte, nosotros te defenderemos.

## 2

—Pues yo no he entendido el argumento de la historia —confesé.

Estábamos sentados en el cine. Estar sentado quiere decir doblar tu cuerpo y apoyar todo el peso sobre el depósito de grasa que se encuentra justo en la mitad de la parte trasera de tu cuerpo.

—Eso no es la película, es un trailer —me explicó Jake—, una serie de imágenes escogidas que te dan una idea de cómo será la película que se estrenará próximamente.

—Ya entiendo. ¿Y cómo es que la pantalla es plana y tiene sólo dos

dimensiones, siones, ones?

—Porque así es como son las películas.

—Ah.

—¿Quienes palomitas? —preguntó Marco con una de esas cajas abiertas que les habían dado. Luego me la acercó.

—¿Es comida? —le pregunté.

—Más o menos —contestó el príncipe Jake—. Ax, ya sabes cómo te pones con la comida, así que por favor, compórtate y sobre todo, procura no perder el control.

Observé a Marco comer palomitas durante un rato y después lo imité. Metí

una de mis manazas en la caja, me hice con un puñado de ellas y a continuación me las llevé directas a la boca. Mastiqué con ganas. Tenían una textura más bien áspera y extraña. Me recordaba a una comida llamada pizza, y también a las colillas de cigarrillos que tanto me gustaban y que sin embargo el príncipe Jake me había prohibido comer porque asegura que son malas para la salud.

¡Um!, aquello no estaba nada mal, así que repetí. Agarré otro puñado de palomitas y me las metí en la boca.

—¡Qué ricas! —exclamé.

—Están rancias, por lo menos llevan

una semana hechas —criticó Marco.

—¿Qué sabor es éste? ¿Cómo se llama?

—No lo sé, ¿sal? ¿mantequilla?

—¡Sal! —repetí, saboreando el sonido de la palabra—. ¡Sal! y ¡mantequilla! ¡Mantequiiiiilla!

—¡Chist! —susurró alguien por detrás de mí—, la película va a empezar.

—Sal, sal, sssaaal. Mantequilla, mantequilla.

—Ax, baja el tono de voz, por favor —sugirió el príncipe Jake.

—Toma, todo para ti —me dijo Marco y me pasó la caja entera.

Me zampé las palomitas que quedaban en dos bocados.

—¡La caja no! —gritó Marco—. ¡La caja no se come!

—Sabe a sal y mantequilla —señalé.

—¡Dios mío! ¿No es hora ya de irnos? —le preguntó Marco a Jake—. Por favor, dime que ya es hora.

La película empezó. Iba de humanos y de no humanos vestidos de uniforme que estaban en una especie de nave espacial.

—¿Qué clase de nave es ésa? —pregunté—. Parece un Hawjabran de carga.

—Es el *Enterprise* —contestó el

príncipe Jake—. Pero no es de verdad, sólo es una maqueta.

—Ya lo sé —repliqué—, como si nunca hubiera visto una nave interestelar de verdad.

Marco y el príncipe Jake intercambiaron una mirada y sonrieron.

Muy pronto empecé a aburrirme. Si os soy sincero, la película no me interesaba demasiado. Uno de los personajes era claramente una hembra ongachic pero en la película esa criatura se suponía que era una klingon. No tenía mucho sentido.

De repente, y por casualidad, hice un descubrimiento alucinante, ¡había más

palomitas! Se encontraban en otras cajas que estaban en el suelo y que la oscuridad me había impedido ver antes. Lo mejor de todo era que había una caja medio llena justo a mis pies.

Cuando ya había acabado con aquella caja, divisé algo más en el suelo. Era una caja más pequeña y en ella había tres diminutos glóbulos marrones que me zampé en un abrir y cerrar de ojos.

Fue como si el planeta entero hubiera dejado de girar. ¡Qué sabor! Era imposible de describir. Nunca había experimentado nada semejante. A partir de entonces sentí que mi vida había

cambiado: había ascendido del nivel de las sensaciones cotidianas a un nivel superior.

¡Más! ¡Quería más!

Así que me arrodillé y empecé a buscar arrastrándome por el suelo, y la verdad es que resultaba mucho más fácil que caminar erguido, por lo menos estaba a cuatro patas. Además el suelo estaba cubierto de sustancias pringosas, con lo cual era casi imposible resbalar.

No me topé con más cajas de glóbulos, pero sí con una especie de envoltura de plástico arrugada que tenía un trozo de algo que olía casi igual que los glóbulos y que automáticamente metí

en la boca.

¡Sí! Sabía igual... ¡qué delicia!... sí, y sin embargo era más crujiente y tenía otros sabores añadidos.

¡Qué maravilla! ¡Cuántos tesoros se escondían en el suelo de aquella sala de cine! Seguí investigando a gatas y en más de una ocasión tuve que abrirme paso entre las piernas de los humanos que permanecían sentados y que proferían toda clase de insultos contra mí.

—¡Será idiota! Pero ¿qué haces, chaval?

—¡Lárgate de aquí!

Sin embargo, no iba a permitir que

me distrajeran. Lo único que deseaba era más y más de aquella cosa marrón tan deliciosa. ¡Más!

¡Otra! ¡Qué bien! Era una pequeña caja medio llena de pastillas de colores brillantes y lo mejor de todo era que el interior de aquellas pastillas estaba hecho de esa misma sustancia marrón que tanto me gustaba.

¡Más, más! ¡Necesitaba más!

¡Allí! Un humano joven sostenía una caja entera de glóbulos marrones, claro que yo no podía arrebatársela así como así. Primero debía preguntarle. Me acerqué y levanté la vista hacia el niño.

—¿Me das tus glóbulos, por favor?

—le pregunté—. Glóbulos, ulosss.

—¡Mamá!

—Pero bueno, ¿tú de qué vas? —me increpó otro humano.

—Mamá, ¡me quiere quitar mis caramelos!

Entonces oí una voz familiar. Era Marco.

—¿Dónde se ha metido Ax? ¡Jake!  
¿Dónde está Ax?

—Sólo quería unos cuántos glóbulos marrones —traté de explicarle al chaval, que no dejaba de gritar.

De repente, noté que el príncipe Jake y Marco me agarraban de los brazos y me sacaban de allí.

—¡Glóbulos! —exclamé y, sin pensarlo dos veces, le quité al niño la caja de las manos—. ¡Glóbulos!

# 3

Un andalita transformado en humano está expuesto a muchos peligros. Para empezar y, como andan erguidos sobre dos piernas, te puedes desplomar en cualquier momento. Un ligero empujón es suficiente para hacerte caer de bruces. Pero lo peor de todo, con diferencia, es el riesgo que supone el sentido del gusto. El sabor puede hacer que un andalita pierda el control, sobre todo si se trata

de bollos de canela o  
chocolate.

**Extraído del diario  
terricola de Aximili-  
Esgarrouth-Isthill**

Para cuando Marco y el príncipe Jake me sacaron de la sala a rastras, yo ya me había tranquilizado un poco. Fuera, en una zona donde había coches aparcados, lucía un sol resplandeciente.

—Muy bien, creo que ha quedado muy claro para todos —observó Jake—, nada de chocolate para Ax.

—¿Chocolate? ¿Choco? ¿Late? —

repetí—. ¿Los glóbulos marrones se llaman «chocolate»? ¿Y las pastillas de colores brillantes?

—En realidad, los glóbulos se llaman Raisinets y las pastillas de colores M&M's. ¿Has recuperado ya el control, Ax? —preguntó el príncipe Jake.

—Sí —contesté tembloroso. No sabría decir si el príncipe Jake estaba enfadado o más bien divertido—. Yo... ¡qué sabor! Es algo increíble.

Cassie y Rachel salían del centro comercial justo en ese momento, nos observaban con atención, pero no se acercaron. Siempre intentábamos no

aparecer todos juntos para no levantar sospechas. Los controladores están por todas partes.

De pronto, me llegó un mensaje por telepatía:

<¡Eh, chicos! ¿Tan mala ha sido la película?>

Era Tobías que patrullaba la zona desde las alturas. Nadie respondió, evidentemente, los humanos sólo pueden comunicarse por telepatía cuando están transformados, y como yo era humano en ese momento sólo podía utilizar el lenguaje hablado.

<Está pasando algo muy extraño al girar la esquina —advirtió Tobías—.

Hay un tipo que se mueve haciendo eses y que grita como un poseso. La policía viene a toda prisa. Juraría que he oído la palabra «yeerk». Atención, se acerca a vosotros.>

Entonces, yo también empecé a oírlo. Un humano gritaba con voz ronca.

—Allí está —indicó Marco de pronto.

En efecto, pudimos ver a un hombre que parecía tener dificultades al andar. De vez en cuando se apoyaba contra la pared, como si le costara trabajo mantener el equilibrio. Los humanos se lo quedaban mirando y se apartaban a su paso.

—¡Escuchadme! ¡Escuchadme! —  
exclamaba moviendo la cabeza de un  
lado a otro como si estuviera loco—.  
¡Están aquí! ¡Están aquí! ¡Están por  
todas partes! ¡Los yeerks están aquí!

Mi cuerpo humano se sobresaltó  
como si hubiera recibido una descarga  
eléctrica. Los cuerpos humanos cuando  
están nerviosos se ponen muy rígidos.  
Miré a Marco y al príncipe Jake y vi que  
reaccionaban de la misma forma.

El sonido de las sirenas se oía cada  
vez más cerca.

—¿Qué hacemos? —preguntó  
Marco.

El príncipe Jake se giró rápidamente

y les hizo una seña con la mano a Rachel y a Cassie.

—¡Alejaos! —gritó.

—¡Están aquííí! —volvió a gritar el hombre—. ¡Ahhhhhh! —de repente se tapó el oído izquierdo con las dos manos—. ¡Ya te tengo! ¡Ya eres mío! ¡Muere! ¡Muere!

—Es un controlador —informé—. El yeerk que tiene en el cerebro se está muriendo.

—Ya lo sé —dijo Jake mirándome a los ojos—, sé muy bien lo que se siente.

Asentí al recordar que Jake había sido un controlador, aunque no por mucho tiempo. Por suerte, le pudimos

atar y retener más de tres días para que el yeerk que se había alojado en su cerebro muriera de hambre. Los yeerks, como ya sabéis, ocupan los cerebros de otras especies, pero si quieren sobrevivir, cada tres días terrestres tienen que sumergirse en un estanque yeerk y nutrirse de rayos kandrona.

Los rayos kandrona los emite un dispositivo llamado Kandrona o, para ser más exactos, un generados de ondas-partícula kandronitas. Estos rayos se concentran en unos estanques en los cuales los yeerks se sumergen para nutrirse.

Nosotros habíamos descubierto la

Kandrona que habían instalado en la Tierra y la habíamos destruido.

—¿Por qué ocurre esto ahora? —preguntó Rachel—. Hace semanas que destruimos la Kandrona y no habíamos notado nada desde entonces. ¿Por qué ahora?

—No lo sé —contesté encogiéndome de hombros. Los humanos hacen ese gesto para demostrar ignorancia sobre algo—. Quizá los yeerks hayan llegado al límite. Dudo que hayan evacuado a los controladores y los hayan transportado a la nave nodriza porque, de ser así, hubieran agotado sus recursos, ursos-sos. Tal vez hayan

sufrido una avería en la nave.

—Yo creía que no había averías en el espacio —observó Marco.

—Pues te equivocas, a veces se estropean cosas —le confesé sinceramente—, se estropean, tropean, ean.

—Bueno, sea lo que sea, un yeerk menos —repuso Marco secamente.

El hombre aullaba de dolor. Tiraba con fuerza de algo que le salía por una oreja. ¡Arghh!, era la punta pringosa de un maldito yeerk moribundo que empezaba a salir al exterior.

—¿No podemos hacer nada por ayudarlo?

Era Cassie. Ella y Rachel habían desafiado la orden de alejarse y se encontraban a nuestro lado, tan horrorizadas y pasmadas como el resto de espectadores ante el espantoso espectáculo.

—Debemos mantenernos al margen de esto —decidió el príncipe Jake—. Quizás éste sea el principio, o tal vez sólo un caso aislado, de cualquier modo es posible que haya más. ¡Por fin! Tanto tiempo esperando que pasara esto. ¡Los yeerks se están muriendo! Y los controladores volverán a ser libres, a ser humanos —sonrió. Tenía una expresión casi salvaje—.

Desaparecerán de una vez por todas y los portadores serán libres al fin. Al principio la gente pensará que se han vuelto locos, pero cuando esto mismo pase con diez, veinte, cincuenta personas y todas hablen de los yeerks, acabarán por aceptar la verdad.

Elevaba cada vez más el tono de voz y sus palabras se sucedían muy deprisa. El príncipe no podía ocultar su emoción.

De repente, se acercó a toda velocidad una ambulancia seguida de dos coches de policía con un gran despliegue de luces y sirenas.

—¡Ajá! —exclamó Marco—. Algunos policías son controladores,

pero no todos. Jake tiene razón, la verdad saldrá pronto a la luz. ¡Lo hemos conseguido al fin! ¡Muy pronto se sabrá todo!

—No cantéis victoria antes de tiempo. Todos sabemos que no tardarán en sustituir la Kandrona —advirtió Rachel—. Me extraña que no hayamos visto más casos como éste. Yo diría que los yeerks han encontrado una forma de ocultar lo que está sucediendo.

Rachel es una guerrera innata. Nunca subestima a sus enemigos y, por lo tanto, era consciente de que era muy pronto todavía para ser optimistas.

A los otros, sin embargo, se les veía

radiantes de felicidad. Estaban convencidos de que miles de yeerks morirían y de que los portadores se verían libres para explicar al mundo entero la verdad.

Los otros estaban convencidos de que habían ganado la guerra.

A mí me daba pena porque yo sabía que la realidad era muy distinta, sabía muy bien cómo operaban los yeerks. Estuve a punto de decírselo al príncipe Jake entonces, pero no pude. Jake tenía una buena razón para estar ilusionado. Su hermano Tom es un controlador y lo que más deseaba en el mundo era su libertad.

Yo sabía que aquel controlador con el yeerk agonizante había sido un error, un descuido de las fuerzas secretas. Sospechaba además el futuro que aguardaba al pobre hombre, aunque ellos se encargarían de que no hubiera testigos.

Jake era ahora mi príncipe, mi líder, pero si se lo decía... me sometería a un montón de preguntas que no podría contestar sin revelar la terrible verdad que se esconde en la Ley de la Bondad de Seerow.

Los humanos se apartaron en cuanto llegaron la ambulancia y los coches de policía. La mayoría, como había

predicho Marco, no eran controladores. Sin dudarle un momento agarraron al hombre, que continuaba tirando con fuerza del yeerk que le salía de la oreja.

—¡Dios Santo! ¿Qué demonios es eso? ¡Se está sacando el cerebro! —gritó un policía horrorizado ante la escena.

—¡Los yeerks! ¡Están aquí! —gritaba el hombre—. ¡Muere, maldito! ¡Muere! ¡Sal de mi cuerpo y muere! ¡Libre, soy libre!

Los policías rodearon al hombre y lo empujaron hacia la ambulancia. A no ser que ya lo supieras de antemano, era difícil adivinar lo que iba a suceder: uno

de los policías sacó un pequeño cilindro metálico del bolsillo, lo acercó a la nuca del hombre y ejerció sobre ella una ligera presión.

—¡Si no lo veo no lo creo! — exclamó Cassie—. Quizá sea verdad que por fin la gente va a conocer lo que está ocurriendo.

—Tienen a un yeerk de verdad delante de sus narices —señaló el príncipe Jake—. No podrás ocultarlo por más tiempo.

Me asaltaron de nuevo deseos de revelarles la verdad, de decirles que aquel humano ya estaba condenado, que el gusano acabaría convertido en polvo

y que eliminarían todas las pruebas.

Pero aunque aquellos humanos fuesen mis amigos y luchásemos en el mismo bando, había secretos que no podía desvelarles.

No podía contarles cómo una simple raza de parásitos había llegado a convertirse en una amenaza para toda la galaxia, ni que los andalitas tuvimos que enfrentarnos a ellos porque no tuvimos más elección. No podía explicarles la razón de nuestro profundo odio hacia esos gusanos.

Nosotros, los andalitas, tenemos secretos, pero el mejor guardado es el de nuestra propia culpa.

—¡Esto es fantástico! —celebró

Jake sonriente.

—Sí —repliqué—, fantástico.

# 4

A la mañana siguiente, cuando el sol ya se veía por el horizonte, yo me encontraba junto al pequeño río del que bebía todos los días. La brisa barría el suelo del bosque todas las mañanas y arrastraba hasta el agua las ásperas briznas de hierba mezcladas con las hojas de los árboles y pinaza. El bosque era tan tupido que apenas penetraba claridad.

<Desde el agua que nos da vida — recité sumergiendo mi pezuña delantera derecha en el agua. Cada mañana repetía el mismo ritual—, desde la hierba que

nos alimenta —continué y moví la misma pezuña para pisar una brizna de hierba—, desde la libertad que nos une —extendí los brazos—, nos elevamos hacia las estrellas>, dirigí mis cuatro ojos hacia el sol naciente.

Dejé escapar un suspiro.

En realidad aquel ritual no servía de mucho y yo nunca había sido un gran creyente. Era un ritual para futuros guerreros. Pero si encima eras un *aristh* y te sorprendían saltándote algunas frases para abreviar, la reprimenda era tal que se te quitaban las ganas de volver a repetirlo.

Sin embargo, yo me encontraba a

miles de kilómetros terrestres de mi hogar. Muchas veces me preguntaba por qué tenía que seguir actuando como un buen guerrero cadete en aquel planeta extraño, rodeado de alienígenas. ¿A quién le importaba si cumplía o no con los rituales?

<Mi única causa es la libertad — proseguí, a la vez que inclinaba el cuerpo—, mi único guía, mi pueblo, y mi única gloria, la obediencia al Príncipe.>

Vacilé unos minutos al percibir que Tobías se había posado en una de las ramas que quedaban por encima de mi cabeza.

<La destrucción de mis enemigos, mi más solemne voto —me incorporé y adopté una posición de ataque—. Yo, Aximili-Esgarrouth-Isthill, guerrero cadete andalita, ofrezco mi vida.>

Entonces, enarqué la cola y acerqué la terrible hoja cortante hasta rozar mi propio cuello. A continuación, relajé todos los miembros. Esa parte del ritual exigía contemplación y en ella se supone que debes reflexionar sobre todas y cada una de las partes de las que consta el ritual y preguntarte si las cumples.

La destrucción de mis enemigos, mi más solemne voto. Esa parte se me había quedado grabada en el cerebro para

siempre.

Mi enemigo era terrible y poderoso, tanto, que todavía no había sido capaz de destruirlo y, si lo intentase, acabaría conmigo. Pero eso era lo de menos. Lo que importaba era mi enemigo, aquella criatura que había matado a mi hermano no en la batalla, sino cuando Elfangor se encontraba indefenso y herido.

Habían sido mis amigos humanos los que me habían contado el resto de la historia. Cuando la nave cúpula perdió el control y se precipitó al mar de la Tierra, el caza de mi hermano fue alcanzado por los yeerks, lo que le obligó a dirigirse a la Tierra y fue

alcanzado en un recinto abandonado. Allí se topó con cinco niños humanos que pasaban por casualidad: Jake, Cassie, Marco, Rachel y Tobías.

Elfangor estaba agonizando y sabía que la Tierra se encontraba indefensa, por lo cual juzgó correcto advertir a los chicos de la amenaza yeerk y, a continuación, hizo lo que nunca debería haber hecho: darles su mejor arma para enfrentarse al enemigo, es decir, la capacidad andalita para cambiar de forma.

Nunca antes en la historia se había otorgado este poder a otro ser que no fuera un andalita. Va en contra de la Ley

de la Bondad de Seerow, la ley más importante para los andalitas.

Sólo hay otra criatura que puede mutar. Hubo un yeerk que se hizo con el control de un cuerpo andalita, con lo cual es el único controlador andalita que existe, frente a los cientos y cientos de hork-bajirs, taxxonitas y humanos que ya han sido esclavizados. Sólo hay un yeerk que tiene cuerpo de andalita y que, como tal, puede cambiar de forma: el terrible Visser Tres, nuestra abominación.

Los humanos me describieron la última batalla de Elfangor. Visser Tres se había transformado en una enorme y monstruosa criatura, pero mi hermano,

lejos de asustarse, había peleado en vano hasta el final, cuando la bestia abrió sus tremendas fauces y...

Los humanos no lo saben pero, si Elfangor hubiese vivido, se habría metido en un buen lío por incumplir nuestras leyes. Como mínimo hubiese sido desposeído de su rango de Príncipe. Elfangor, el gran héroe, habría terminado para siempre.

<La destrucción de mis enemigos, mi más solemne voto.>

Me había encontrado cara a cara con Visser Tres en más de una ocasión y él seguía vivo. Mi única excusa es que yo tan sólo soy un *aristh*. Si hubiera sido un

guerrero, no haber acabado con él sería motivo de gran deshonra para mí.

Estoy convencido de que Elfangor no habría dudado un momento y, si hubiera sido yo el que había muerto a manos de Visser, Elfangor ya habría ido en su búsqueda.

Pero yo no soy como mi hermano.

<Ax-man, ¿cómo va eso?>

<Bien, muy bien>, contesté, aunque no fuese del todo cierto. La presencia de Tobías me había recordado los planes para aquel día. Me sentía tan inquieto que ni el ritual, que en teoría sirve para relajarse mentalmente, había conseguido tranquilizarme. Iba a hacer algo que me

asustaba mucho: iba a ir al colegio por primera vez.

<Perdona la indiscreción pero ¿se puede saber qué estabas haciendo? Ya te lo he visto hacer otras veces.>

<Es el ritual de la mañana. Enseña al guerrero a ser humilde y le recuerda que su cometido es servir a los demás.>

<Muy bien —aprobó Tobías—. Esto...¿Ax? Um...Um... no des un paso hacia atrás. Mejor dicho, no te muevas.>

<¿Qué pasa?>, pregunté.

<¿No lo oyes?>

Me paré a escuchar.

<¿Te refieres a ese rumor como de tierra en un recipiente? Ya lo había oído

antes.>

<Es una serpiente de cascabel que tienes ahí, justo al lado de tu pierna. Ya sabes que son venenosas, ¿no?>

<Pues no, no tenía ni idea>. Me giré y vi cómo reptaba por entre las hojas y entonces... se abalanzó sobre mí. ¡Qué rapidez! No me dio casi tiempo a verla, menos todavía a reaccionar.

Por suerte clavó los colmillos en una de mis pezuñas, momento que aproveché para chasquear la cola y con ella mantuve al maldito bicho inmóvil contra el suelo.

<Será mejor que te deshagas de ella>, recomendó Tobías.

Pero tuve otra idea mejor. Me concentré en el reptil y empecé a adquirir su ADN, que a partir de entonces formaría parte de mí.

<¿Para qué quieres esa forma?>, preguntó Tobías con desconfianza.

<Es un animal muy rápido —expliqué—. Además no dispongo de tantas formas animales como los demás. Quién sabe, quizás algún día me sea útil.> La serpiente languideció, como siempre ocurre cuando adquieres el ADN de un animal. Una vez hubo terminado el proceso, me serví de la cola para agarrar el animal y lanzarlo entre los arbustos.

<Por cierto, ¿todavía sigues empeñado en conocer mejor a los humanos?>, preguntó Tobías.

<Claro. Quizá tenga que permanecer en este planeta mucho tiempo, ¿qué mejor que aprender sobre sus habitantes? Aunque... creo que el otro día no me comporté muy bien en el cine.>

<Ya me han contado —añadió Tobías desternillándose de risa—. Procura no acercarte al chocolate.>

<No estoy preparado para resistirme al sabor. Es una experiencia muy intensa para mí. Quizá no debería transformarme en humano nunca más.>

<No te preocupes —me tranquilizó Tobías—. Pero hablando del sabor... No sé si te has parado a pensar que tú para nosotros representas un gran misterio.>

<¿Un gran misterio?>

<Sí, nadie se atreve a preguntártelo porque lo consideran de mala educación, pero a todos les gustaría saber por dónde comes si no tienes boca.>

<¿Qué por dónde como? —repetí confundido—, pero ¿no veis que tengo pezuñas?>

<Um... de acuerdo —replicó Tobías—, tienes razón, no es asunto mío.>

Iniciamos la marcha. Enseguida me puse a correr a galope tendido. Me encantaba saltar por encima de los troncos de los árboles caídos y esquivar los matorrales de plantas espinosas. Empezaba a conocer el bosque a fondo.

Mientras yo corría y saltaba, Tobías volaba por encima de mí. A veces se elevaba por encima de la copa de los árboles y desaparecía de mi ángulo visual. Otras, iba de árbol en árbol, veloz y silencioso.

<En el colegio, en la asignatura de Xenobiología, hay una sección dedicada a los humanos —le expliqué a Tobías—. Estudiamos sobre todo los programas de

televisión de los humanos, como los telediarios, o los programas de entretenimiento, música, etc.>

<¿Música? ¿Tenéis algo parecido a la MTV? ¿Veis vídeos musicales en vuestro planeta?>

<La verdad es que no me acuerdo muy bien. Yo... nunca estaba muy atento en clase de Xenobiología y ahora me arrepiento. A un guerrero se le exige que sea un buen científico y un buen artista, además de saber luchar. Pero, como a mí eso era lo único que me interesaba, no prestaba mucha atención a lo demás. Supongo que los humanos siempre están atentos en clase.>

<Pues claro —se burló Tobías—, por eso yo soy un experto en la guerra de 1812.>

<¿Una guerra? ¡Cuéntame!>

<Te estaba tomando el pelo. No sé nada sobre la guerra de 1812. Ya casi hemos llegado. ¿Estás listo para tu primer día de clase?>

Habíamos recorrido un buen trecho del bosque. En otra ocasión no me hubiera atrevido a llegar hasta allí porque esa zona se hallaba rodeada casi por completo de casa. Pero me sentía tranquilo con Tobías allá arriba, vigilando la zona con su prodigiosa visión.

<Sí, estoy listo.>

<Jake y Cassie vienen hacia aquí. Ya puedes empezar a transformarte. Ha llegado la hora de la dimensión humana.>

<Tobías, ¿podrías...? Esto... mientras yo estoy con los otros, tú te vas a quedar solo, ¿no?>

<¿Y qué? Como si no pudiera estar sin ti, Ax-man. Tengo que ir a hacer un par de cosillas. Tengo que arreglarme las plumas y buscar roedores que llevarme a la boca. Además, Jake me ha pedido que vigile la zona mientras tú estás ahí adentro.>

No sabía muy bien por qué, pero el

caso es que me sentía más seguro sabiendo que Tobías estaría sobrevolando el colegio. A veces creo que Tobías y yo podríamos llegar a ser verdaderos *shorms*. Un *shorm* es un amigo de verdad, alguien al que nunca mientes, alguien que conoce todos tus secretos. La palabra *shorm* significa literalmente «hoja de la cola». Veréis, quiere decir que es una persona en la que confías tanto que no te preocuparía lo más mínimo que te amenazara con su cola y te acercara la punta mortal al cuello.

A veces tengo la impresión de que entre Tobías y yo hay algo de eso porque

los dos estamos lejos de nuestro entorno y de nuestra gente, y además los dos estamos solos.

Por otra parte, si fuéramos amigos no podría esconder ningún secreto y, aunque tiene la forma de un ratonero de cola roja, en su interior es humano. Y yo soy un andalita. Por muchas ganas que tuviera de tener un amigo de verdad, siempre habría un muro entre mi gente y los humanos, es decir, entre ellos y yo.

Es un gran error entablar amistad con una especie alienígena. Al menos eso es lo que nos han enseñado. Nos está permitido defenderlos, protegerlos y preocuparnos por ellos, pero nunca

hacernos demasiado amigos suyos.

# 5

Me he transformado en muchos animales del planeta andalita y también del planeta Tierra. Pero el animal en el que más veces me he convertido ha sido en humano. Son animales frágiles, lentos, tienen una pésima visión y su empeño por mantenerse en equilibrio sobre dos piernas no es muy práctico que digamos, aunque ningún andalita se burlaría de ellos. Los humanos gobiernan el

planeta y como dijo una vez la humana Rachel, la Tierra es un lugar duro.

**Extraído del diario  
terrácola de Aximili-  
Esgarrouth-Isthill**

Me asomé a través de los árboles y lo primero que vi fue una gran extensión de hierba. Al otro lado del campo se distinguía un conjunto de edificios alargados no muy altos. Había también unos vehículos amarillos y grandes aparcados en la parte delantera de uno de los edificios, donde se apiñaban

cientos de humanos jóvenes. El príncipe Jake y Cassie se acercaron.

—¡Hola, Ax! —saludó el príncipe Jake—. ¿Qué tal?

<Bien, príncipe Jake>, contesté.

—Um... hoy no me llamarás príncipe Jake, ¿verdad? —dijo.

<Cuando tengo forma humana, me comporto como un humano>, le aseguré.

—Bueno, ¿y si empiezas a transformarte, Ax? —sugirió Cassie.

<Creo que no hay nadie cerca pero, por si acaso, me elevaré y echaré un vistazo>, dijo Tobías. Movi6 las alas y se fue elevando poco a poco.

Mientras tanto yo me concentré en

mi forma humana y empecé a experimentar los primeros cambios.

<Sin novedad —informó Tobías desde lo alto—. Hay unos niños a unos sesenta metros, pero no pueden verte.>

Me trasformé todo lo rápido que pude pero, como dos de mis patas iban a desaparecer, tenía que intentar no perder el equilibrio. Con dos puntos de apoyo menos, en mi caso dos patas, experimenté dos sensaciones diferentes, la primera, de excitación, y la segunda, de terror. Y es que te tambaleas constantemente, y por mucho que busques recursos para mantenerte firme no hay nada de lo que puedas valerte.

Los pies no sirven para agarrarse y además son demasiado cortos para actuar de contrapeso.

Todo cuanto puedes hacer, si ves que te caes, es mantener el equilibrio con una pierna mientras colocas la otra rápidamente en otro sitio para evitar la caída. De todas formas, te sientes muy inseguro. No comprendo cómo los humanos han evolucionado de esa forma. Es la única especie de este planeta que camina erguido, sin alas ni cola para contrarrestar el peso. Y, desde luego, yo no he oído hablar de ninguna especie inteligente que se desplace de esa manera.

Después de mucho esfuerzo, conseguí mantenerme sobre dos piernas. Bueno, más o menos...

—¡Eh! ¡Sujetadlo! —gritó el príncipe Jake al ver que perdía el equilibrio y me iba hacia atrás.

—¡Ya lo tengo! —dijo Cassie, y me mantuvo sujeto hasta que completé la metamorfosis.

Lo último en aparecer fue la boca, una ranura horizontal en mi rostro.

—¿Has acabado? —me preguntó el príncipe Jake.

—Sí, ya soy humano del todo —me encantaba escuchar los sonidos que surgían de mi boca. La capacidad de

formar sonidos complejos es asombrosa —, todo, odo, eedoo, ooao.

—Um... Ax, tienes que dejar de hacer eso, ¿de acuerdo?

—¿El qué?, ¿quéé?

—Eso de probar cada sonido como si fuera un paquete nuevo, ¿vale?

—Sí, mi Príncipe. No son un juguete, etc. ¡Juguete-juguete! Jug... perdona.

—Me parece que éste va a ser un día inolvidable —comentó Cassie mirando a Jake.

Tobías se acercó planeando y se posó en una rama.

<Qué tierno, ¿no? —se burló—. El

primer día de colegio de Ax.>

—Y el último —puntualizó Jake rápidamente—. Lo de hoy le servirá para resultar más creíble como humano. Sólo dispone de un día.

El príncipe Jake mostró un dedo para enfatizar el número uno.

—Muy bien, sólo un día —corroboré—. Venga, vamos a clase. Estoy impaciente, ente.

—Recuerda que eres mi primo Phillip, que has venido a casa de visita y que sólo te quedarás unos días —me recordó Jake al tiempo que me entregaba una bolsa de ropa.

—Phillip —repetí con firmeza—.

Phillip, lip. Philliip. Pah.

Me encanta cómo suena la letra «p».

Una vez estuve vestido, me encaminé hacia uno de los edificios más bajos.

<¡Que te diviertas!>, me deseó Tobías. Su tono sonó un poco triste. Supongo que le resultaba difícil aceptar que yo, un extraterrestre, pudiera ir al colegio y él no.

—¡No lo dudes! —le respondí volviendo la cabeza. Fue un mal gesto porque, automáticamente, perdí el equilibrio y me caí de bruces en el suelo. Lleva tiempo aprender a caminar sobre dos piernas.

# 6

Los humanos sólo tienen dos ojos, situados ambos en la parte frontal de su rostro, al igual que la mayoría de las especies terrícolas. Los ojos de los humanos se parecen mucho a nuestros ojos principales. Otro dato curioso es que a los humanos parecen fascinarles mis antenas oculares. Recuerdo que uno de ellos, Marco, comentó que «le daban repelús». Creo que se trata de

un cumplido.

**Extraído del diario  
terrácola de Aximili-  
Esgarrouth-Isthill**

—Ahí lo tienes —señaló Cassie—: el colegio o, como yo prefiero llamarlo, el purgatorio.

Había mucho movimiento por todas partes. Algunos humanos corrían de aquí para allá, mientras que otros avanzaban mucho más despacio, como si estuviesen enfermos o tristes. La mayoría llevaba libros y casi todos emitían sonidos con sus bocas.

Como es habitual, sus atuendos eran de una variedad sorprendente.

La idea de cubrirse el cuerpo con ropa no es exclusivamente humana pero, por supuesto, los andalitas no se permiten esos lujos.

Sin embargo, cuando me convierto en humano, me obligan a ir vestido. Todos mis amigos están de acuerdo en ese punto, incluido Tobías.

De repente, entre la multitud de niños, distinguí a Rachel y Marco que avanzaban hacia mí.

Mis otros amigos humanos me dicen que Rachel es guapa y que Marco es resultón. Como andalita no soy capaz de

apreciar ninguno de los dos rasgos, pero ahora que tengo forma humana empiezo a ver que Rachel es guapa de veras.

Lo de «resultón», en cambio, es algo que no acabo de comprender.

En el colegio los animorphs hacen como si apenas se conocieran. No quieren aparecer como un grupo de amigos para evitar sospechas por parte de los posibles controladores humanos.

—Hola —saludó Jake—, Marco, Rachel, éste es mi primo Phillip.

—Sí, yo soy Phillip, primo del príncipe Jake —me presenté yo—, y estoy aquí de visita. Me quedaré unos días porque vengo desde muy lejos.

—Pero que muy, muy lejos —añadió Marco esbozando una sonrisa con la boca.

—No me llames «Príncipe» —me susurró el príncipe Jake.

—¿Otra vez por aquí? Bienvenido, Phillip —dijo Rachel, y me guiñó un ojo. Como ella en realidad es prima de Jake, es lógico que conociera al primo «Phillip»—. Bueno, nos vemos luego. Buena suerte.

—La va a necesitar —apuntó Marco. Entramos al edificio, que estaba abarrotado de gente. Lo primero que vi fue un larguísimo pasillo a cuyos lados se sucedían una serie de puertas, algunas

de ellas enormes, aunque la mayoría muy pequeñas. Me percaté de que la gente abría las puertas pero nadie se decidía a entrar.

—¿Adónde conducen las puertas pequeñas? —pregunté.

—A ningún sitio. Son taquillas —me informó Cassie—. Todo el mundo tiene una. Mira, ésta es la mía.

Nos acercamos hasta la taquilla de Cassie, decorada con una especie de medallón muy brillante con una rueda en la que se distinguían unos números. Cassie giró la rueda hacia delante y hacia atrás.

—¿Es esto un ritual? —pregunté—,

trual, ritual.

—No, es un cierre que impide a los demás abrir tu taquilla.

—¿Por qué?

—Pues porque así no me roban mis cosas —abrió la portezuela y comenzó a guardar cosas y a sacar otras.

—¿Qué es eso? —pregunté—. Eso, eessooo.

—Una foto —contestó mi amiga y cerró la puerta de su taquilla de inmediato.

—Parecía una foto del Prínc... de Jake —observé—. ¿Por qué tienes una foto suya si puedes verlo en persona?

Cassie se encogió de hombros y

miró al suelo. Los humanos cuentan con un buen surtido de expresiones faciales.

Creo que mi amiga, o bien se encontraba mal, o estaba muerta de vergüenza.

—Vamos, Ax —me dijo el príncipe Jake, que miraba a Cassie sonriendo mientras mi amiga seguía con aquella expresión suya entre avergonzada y enferma—. Te vemos después, Cassie. Es hora de...

Justo en ese momento se oyó un estruendo ensordecedor.

¡BBBBBBBBBBRRRRRRRRRIIIIIII

Me di la vuelta y levanté mis brazos humanos para protegerme. En aquellos

instantes eché de menos mi cola. Es terrible no contar con una cola para luchar, pero de todas formas, yo estaba listo para hacer que mi cuerpo humano diera de sí todo lo que pudiera.

—¡Ax, digo, Phillip, tranquilo!

¡BBBBBBBBBBRRRRRRRRRIIIIIII

—Ax, es el timbre para entrar a clase —me aclaró Jake—, cálmate. La gente nos está mirando.

—¿No es una amenaza?

—No, no se trata de una amenaza. Es deprimente, pero no peligroso.

Seguí al príncipe Jake por el pasillo. Me resultaba difícil olvidarme del horrible sonido. Cuando un humano se

siente amenazado, su cuerpo segrega una sustancia química que lo mantiene alerta, agresivo y asustado. Esta sustancia se llama adrenalina y podía notar cómo recorría todo mi cuerpo, lo cual estorbaba bastante mi concentración.

Entramos por una de las puertas grandes y fuimos a parar a una sala en la que habría unos treinta humanos dispuestos en pequeños asientos un tanto estrechos. En la parte de delante se veía una mesa grande y, a su lado, se encontraba un humano adulto.

—Que todo el mundo se siente, por favor —indicó el humano adulto.

—Señor Pardue, éste es mi primo. Se llama Phillip y está aquí de visita. He pensado que podía pasar el día conmigo y así conocer el colegio.

—Bueno, bueno, sentaos y guardad silencio. Sentaos, sentaos.

Por la expresión de Jake era evidente que la contestación del profesor le había dejado intranquilo. Después me agarró de la mano y me llevó hasta el fondo de la clase.

—En esa mesa —me indicó el Príncipe.

—En esa mesa, ¿qué? ¿Quéee, eee?

—Que te sientes, hombre.

Aquello sí que lo entendí. Cada vez

se me daba mejor actuar como un humano. Recuerdo aquella vez que tuve que hacer de Jake durante dos días. Conseguí engañar a sus padres y a su hermano, aunque más tarde mis amigos me confesaron que sus padres estaban convencidos de que su hijo padecía alguna enfermedad mental y, de hecho, en cuanto el verdadero Jake volvió, lo llevaron al médico.

—Qué incómoda es esta silla — comenté.

—Y que lo digas, chaval —dijo un niño que yo no conocía.

—¿Qué pasa al fondo? Silencio — ordenó el profesor— ¿Qué... qué... —

de repente se agarró la cabeza con las dos manos—. ¡Silencio! ¡Que todo el mundo se calle!

—Señor Pardue, ¿se encuentra bien? —preguntó el príncipe Jake preocupado.

Los demás humanos también miraban fijamente al profesor y guardaban absoluto silencio.

—¿Bien? —repitió a gritos el señor Pardue—. ¿Que si me encuentro bien? ¿Que si me...? ¡Aaaaaaahhhhhhhh!

Sin previo aviso, el profesor se inclinó hacia delante, cayó al suelo y empezó a arañarse la cabeza con las manos.

—¡Yeerk! ¡Fuera, sal de mi cabeza!

—exclamó. No dejaba de arañarse la cabeza y lo hacía con tanta fuerza que comenzó a salirle sangre.

—¡Aaaaaaaaaarrrrrrrrrrrrggggghhhh! — gritaba el profesor sujetándose con violencia la cabeza.

—¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa? — empezó a gritar uno de los chicos.

Otro salió corriendo de la clase y en el pasillo comenzó a dar voces.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

El príncipe Jake y yo permanecemos muy quietos, uno al lado del otro, al fondo de la clase.

—¡Basta! ¡Deja de golpearme! — exclamó el señor Pardue. A continuación, y como si se estuviera

contestando a sí mismo, dijo en tono agresivo—: ¡Sal de mi cabeza! ¡Sal de mi cabeza! ¡Estás acabado!

El príncipe Jake y yo intercambiamos una mirada, ambos sabíamos de sobra lo que le estaba ocurriendo al profesor.

—Con éste ya son dos —me susurró el Príncipe—, al menos que nosotros hayamos visto. Algo les ha salido mal.

El señor Pardue empezó a llorar y a maldecir. Se retorció por el suelo ante la mirada atónita de un montón de humanos que no sabían qué hacer.

—¿Tenías idea de que este profesor era un controlador? —le pregunté al

príncipe Jake en voz baja.

—No, a mí siempre me había parecido una persona encantadora. No aguanto más, no puedo permanecer por más tiempo aquí sentado sin hacer nada.

—¡FUERA DE MI CABEZA! — chilló de repente el profesor.

El yeerk de la cabeza del profesor se iba debilitando progresivamente. Llevaba demasiado tiempo sin nutrirse de rayos kandrona. Su portador, el verdadero señor Pardue estaba recuperando el control.

De pronto, el príncipe Jake se incorporó y se acercó al profesor. Yo no me separé de él ni por un instante.

Intenté detenerlo, pero sin éxito.

—¡Príncipe Jake! —lo llamé, pero me ignoró por completo.

—Sé lo que le está pasando, profesor —le susurró mi amigo tras arrodillarse a su lado—. Sé lo que le está pasando, señor Pardue. Aguante un poco más y cuando el yeerk muera usted se verá libre.

Los demás se iban acercando. Si no actuaba rápido oirían lo que decía mi amigo.

—Atrás —les ordené—, puede ser peligroso.

No se me ocurrió otra cosa, pero funcionó porque se detuvieron.

El señor Pardue puso los ojos en blanco y después los clavó, entrecerrados, en el rostro de Jake.

Mi amigo agarró con fuerza uno de los hombros del profesor y le susurró al oído:

—A mí me pasó lo mismo y logré sobrevivir, señor Pardue. Yo también he sido un controlador pero, por suerte, conseguí escapar. Resista un poco más.

Observé las caras de los otros humanos para comprobar si habían oído la conversación. Jake era mi príncipe, aun así, su comportamiento no había sido el correcto y nos estaba poniendo a todos en peligro.

De repente, se abrió la puerta de la clase. Enseguida reconocía al personaje que acababa de entrar. Era Chapma, el subdirector del colegio y uno de los controladores más importantes aquí en la Tierra.

—Muy bien chicos, todo el mundo fuera —ordenó Chapman—, todo el mundo al patio, salid del edificio. A vuestro profesor no le ocurre nada malo. Se ha puesto enfermo, eso es todo.

—¡Usted! —exclamó el señor Pardue—. ¡No! Chapman es... es un...

—¡He dicho FUERA! —rugió el subdirector.

Los pequeños humanos salieron en

bloque de la habitación, ansiosos por desaparecer cuanto antes de la escena.

Pero el príncipe Jake no se movió. Permaneció pegado al profesor, con los puños apretados y la mirada resplandeciente.

Chapman posó la vista primero en mí y después en mi amigo.

—Jake, os quiero a ti y a tu amigo fuera de clase ahora mismo.

Durante un instante, nada sucedió. Yo contuve la respiración preguntándome si Jake estaría dispuesto a enfrentarse a Chapman. En tal caso tendría que ayudarle, a pesar de que sería estúpido por parte de mi amigo

desvelar su identidad. Así que tomé la iniciativa y tiré del brazo de Jake hasta obligarle a ponerse en pie. Me lanzó una mirada asesina.

—Tenemos que irnos —le dije.

—Ya —asintió—. Espero que se ponga bien —repuso mirando a Chapman—. Se pondrá bien, ¿verdad, señor Chapman?

—¿Quién sabe? —espetó fríamente el subdirector.

Tiré del príncipe Jake que, al llegar a la puerta, se giró y vio que Chapman sacaba del bolsillo un pequeño cilindro metálico y lo acercaba a la nuca del profesor, que lloraba desconsolado.

—¡No! —chillaba el señor Pardue

—. ¡No!

Luego, casi de inmediato, el profesor dejó de gritar.

El príncipe Jake se dio la vuelta y echó a correr. Se abrió paso entre los demás humanos que se habían apiñado a la salida de clase y no cesó de correr hasta salir al aire libre. Respiró hondo, como si le faltara el oxígeno.

Me resultó difícil seguirlo, aunque al final lo alcancé. A mí, como ya os he dicho, me falta un poco de práctica todavía.

—Príncipe... quiero decir, Jake. ¿Te encuentras bien?

—Pardue era un controlador —  
respondió moviendo la cabeza de un  
lado a otro— y su yeerk se estaba  
muriendo de hambre. ¿Por qué? Porque  
nosotros hemos destruido la kandrona.  
Yo, tú y los demás. ¡Nosotros lo  
hicimos!

—¡Era necesario! —le aclaré—.  
Hemos destruido la kandrona y eso ha  
representado un duro golpe para ellos.

—Chapman lo ha matado, ¿verdad?  
—me preguntó el príncipe Jake—. ¿Has  
visto ese pequeño cilindro metálico? No  
sólo al yeerk, sino al propio Pardue,  
¿verdad? Los ha matado a los dos.

Era absurdo seguir mintiendo, mi

amigo lo había visto todo y algo por dentro me impedía seguir ocultando la verdad.

—Si el yeerk que el profesor tenía en el cerebro hubiera muerto, el hombre habría sobrevivido y ahora no sólo sería libre —repuse— sino que además podría contarles a los otros humanos lo que le había ocurrido. ¿No te das cuenta?, el señor Pardue los habría prevenido y eso lo convertía en una amenaza para los yeerks, por eso éstos no permiten que haya testigos.

—Entonces matarán a todos los portadores cuyos yeerks mueran, ¿no? —replicó Jake con amargura—. Todos y

cada uno de los controladores cuyos yeerks no logren sobrevivir, serán liquidados. Ésa es la pura verdad, ¿no?

—Sí.

En el rostro de mi amigo asomó una expresión que reflejaba todo el asco que sentía por dentro.

—Nosotros somos los responsables —insistió Jake.

—Es la guerra —añadí.

—Mi hermano —continuó mi amigo—. Tom es un controlador, ¿qué va a pasar con él?

No tenía respuesta. Los yeerks salvarían a tantos como estuviera en sus manos, pero si su sistema de emergencia

empezaba a fallar, no se detendrían ante nada y eliminarían todo tipo de pruebas sin ningún tipo de escrúpulos.

El príncipe Jake me miró a los ojos.

—Tú lo sabías, ¿verdad?

Yo le mantuve la mirada. No sé si fue la adrenalina pero el caso es que aquella mirada acusadora empezaba a ponerme furioso.

—Sí, sabía que esto pasaría.

—¿Cómo podías saberlo?

Vacilé unos segundos, cosa que no gustó nada al príncipe Jake. De repente, giró sobre sus talones y me empujó con violencia contra la pared.

—¿Cómo podías saber que los

yeerks iban a hacer eso, eh?

—Porque ya ha sucedido antes, ¿o acaso crees que éste es el primer planeta en el que se han infiltrado? ¿No pensarás que la Tierra es el único lugar donde los andalitas se han enfrentado a los yeerks? Esos monstruos nunca dejan testigos.

Jake me soltó no sin antes dirigirme una mirada recelosa.

—No me gusta que guardes secretos, Ax. Yo soy tu amigo, somos tus amigos y por eso mismo deberíamos saber tanto como tú. No me contaste nada de esto.

—Las guerras son así —repliqué—. Vosotros hicisteis lo que teníais que

hacer, y eso incluye la destrucción de la kandrona.

—Pues serán así —replicó Jake—, pero yo lo odio.

—Ama al guerrero, odia la guerra, erra.

—¿Qué es, un antiguo dicho andalita? —me preguntó mi amigo con sarcasmo.

—Sí, mi hermano solía decirlo.

Entonces, el príncipe Jake se me quedó mirando tanto rato que me hizo sentir incómodo.

—¿Sabes una cosa, Ax? A veces tengo la impresión de que los humanos no somos más que simples peones en un

gran tablero en el que vosotros, los andalitas, y los yeerks jugáis a la guerra. Sólo somos la munición, ¿verdad?, demasiado inocentes para saber qué es lo que está pasando, y demasiado primitivos para convertirnos en auténticos guerreros.

—Eso no es verdad —contesté ya un poco más tranquilo. Mi rabia iba disminuyendo a medida que las sospechas de Jake aumentaban.

—Se supone que tú luchas en nuestro bando, Ax. Que eres uno de los nuestros. Y de repente descubro que nos ocultas información. Rachel y Marco no dejan de hacerme preguntas: «¿Qué sabemos

en realidad de Ax?» «¿Qué nos ha contado él de su planeta, en comparación con lo que nosotros le hemos enseñado del nuestro?» Y yo les contesto que podemos confiar en ti, pero ahora ya no estoy tan seguro. Cuando alguien oculta algo, lo que sea, la confianza desaparece. Deberías haberme advertido de lo que harían los yeerks. Tú sabes que tengo un hermano que... en fin, tú sabes lo te Tom. Tenía derecho a conocer las consecuencias.

—Pero si tú hubieras sabido de antemano que esa acción podría perjudicar a tu hermano, quizá no hubieras destruido la kandrona —

señalé.

—Eso es lo que crees, ¿eh? —me desafió Jake con su rostro junto al mío —. ¿Sabes una cosa, Ax? Tienes razón al querer aprender más de los humanos, porque la verdad es que no tienes ni idea de cómo somos.

Cuando un andalita empieza a conocer a los humanos, pueden parecerle criaturas simples, abiertas y confiadas, pero la verdad es que son mucho más elaborados de lo que pueda parecer en un principio. Creo que tiene que ver con su lenguaje verbal ya que no existe ni una sola palabra que posea un único significado.

**Extraído del diario**

**terrícola            de            Aximili-  
Esgarrouth-Isthill**

Mi primer y único día en el colegio terminó cuando se llevaron el cuerpo del profesor. El príncipe Jake se fue a casa y yo volví al bosque, donde recuperé mi estado natural.

No podía dejar de pensar en todo lo que había ocurrido y, francamente, me sentía fatal. Me daba cuenta de que el príncipe Jake y los otros humanos nunca podrían ser verdaderos *shorms*. Había un muro infranqueable entre los dos y, sin embargo, ellos eran lo único que tenía. Sin ellos me encontraría perdido.

Pero lo que más me había dolido habían sido las sospechas de Jake.

No os podéis imaginar lo terriblemente soo que se siente uno cuando se encuentra a cientos de miles de kilómetros terrestres de su gente.

Al día siguiente Marco vino a buscarme para dar una vuelta, lo cual me sorprendió bastante porque, la verdad, nunca había hecho muchos esfuerzos por acercarse a mí, al contrario que Cassie, Tobías y el príncipe Jake. Rachel creo que tampoco me tiene demasiado cariño.

Así pues, me transformé en humano y me encaminé hacia las afueras del bosque, donde habíamos acordado

encontrarnos.

—Por lo que veo llevas camino de convertirte en el nuevo Pinocho, ¿no? —comentó Marco.

—¿Qué?

—Pinocho era un muñeco de madera que quería ser humano.

—Yo no aspiro a convertirme en humano, tan sólo quiero estudiarlos.

—¡Qué coincidencia! —exclamó Marco sonriendo—, yo también quiero estudiar a los andalitas.

Transcurrieron unos minutos antes de que entendiera por dónde iba mi amigo.

—Ya veo, el príncipe Jake te ha pedido que vengas para sacarme

información.

—A Jake le fastidió un poco que no nos contaras todo lo que sabías —me explicó Marco— y a Rachel aún más, para qué te voy a engañar. Venga, tenemos que pillar el autobús. Quieres aprender más cosas sobre los humanos, ¿verdad?, pues he pensado que el siguiente paso sería visitar una librería. Como eres tan inteligente, seguro que aprendes a leer nuestro idioma.

—¿Una librería? ¿Li-breríaaa?

—Sí, de libros. Novelas, historia... cientos de libros sobre la raza humana y además puedes elegir el que quieras. Nosotros no tenemos secretos, a

diferencia de otras especies. Te podría hablar de gente que ni siquiera es capaz de revelar algo tan insignificante como por ejemplo cómo se las apaña para comer sin boca.

—Ya veo, tú pones a mi disposición todo lo que sabes, a cambio de que yo haga lo mismo.

—Le dije a Jake que te podría sonsacar sin problema cualquier tipo de información y su contestación fue: «No, Ax es un amigo. Demuéstrale que nosotros no tenemos nada que esconder. Tal vez así decida confiar en nosotros».

Me sentí terriblemente culpable. Ellos confiaban en mí, jamás me habrían

hecho daño. Todo lo contrario, se habían portado de maravilla conmigo, en todos los sentidos.

—Tengo mis razones para ocultar información —le planteé.

—Sí, claro —repuso Marco—. Rachel opina que probablemente tengas prohibido mezclarte con razas tan primitivas como la nuestra.

Me quedé estupefacto porque se acercaba bastante a la verdad. No sabía qué contestar.

—Vaya, vaya —prosiguió Marco asintiendo a la vez que mostraba una fría sonrisa—, así que hemos acertado, ¿verdad? ¿No crees que ya es un poco

tarde para obedecer esas normas? Al fin y al cabo los yeerks ya se han mezclado con nosotros.

Una vez más no supe qué responder. Miré a mi alrededor, fijé la vista en los humanos al volante de sus coches y en los que avanzaban con tan sólo dos piernas, y entonces reparé en lo indefenso que me encontraría sin el príncipe Jake, Marco y los demás.

—¡Vaya! —exclamó Marco tras dar una palmada sobre un bolsillo de su pantalón. Habíamos llegado a la parada del autobús y supongo que teníamos que pagar—. Me he dejado el dinero en casa. Hemos hecho un fondo para que te

compres algún libro y me he olvidado del dinero encima de la mesa. Ven, vamos.

—¿Adónde?

—A mi casa, pero no te preocupes, está a un paso.

Seguí a Marco calle abajo, observando las hileras de casas a ambos lados. Su estructura era como la de una caja enorme salpicada de rectángulos transparentes.

—Ésa es la casa de Jake —recordé. Lo sabía porque había pasado unos días allí.

—No, es muy parecida a la suya, sólo que esa de ahí está dividida en dos

partes para que vivan dos familias. En teoría sólo existen cinco modelos de casas diferentes, pero lo cierto es que todas son muy parecidas. Disfruta de tu visita a las afueras de la ciudad. Claro que yo no me quejo, le da mil vueltas al sitio donde vivía antes.

Tenía razón, allí sólo existían cinco modelos diferentes de casas, aunque en algunos había más hierba que en otros. Además, algunas casas tenían objetos decorativos en el jardín.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

Marco siguió la dirección de mi vista y puso los ojos en blanco.

—Ax, es una noria.

—¡Qué bonito! ¡Cuántos colores!

—¡Ajá! —carraspeó Marco—. Me encantaría explicarte su funcionamiento, pero es tecnología humana punta, así que lo mantenemos en secreto. Tememos que otras razas primitivas copien el mecanismo de las norias y entonces, ¿quién sabe lo que podría suceder?

Todavía no domino por completo los sonidos vocales de los humanos, pero estaba casi convencido de que el tono de Marco podría calificarse de «sarcástico».

—Ya hemos llegado. Mi padre está en casa. Se ha torcido el tobillo así que está de baja y se ha quedado en casa,

trabajando con el ordenador. No hagas cosas raras, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, no haré cosas raras, raaaaraaass. Me comportaré como un humano de verdad.

—Si logras actuar como un niño normal, ganarás un Oscar —me dijo Marco. Subió los escalones que hay delante de su casa y abrió la puerta—. Espérame ahí, junto a esa mesa. No te muevas. Si viene mi padre y te hace preguntas, sólo contesta sí o no. Voy a llamar a alguien más para que nos acompañe a la librería. Estoy empezando a perder la paciencia.

Seguí sus indicaciones y no me moví

de la mesa, en la que había un ordenador de los de antes. Tenía una pantalla sólida de dos dimensiones y hasta ¡un teclado!, ¡un teclado de los de verdad!

Acaricié el teclado. Asombroso, según nos había contado, nuestros ordenadores también solían tener teclados, aunque eran muy distintos a los de aquí. Además, hacía siglos de eso.

En la pantalla había un juego cuyo objetivo consistía en identificar y corregir los errores cometidos en un lenguaje simbólico muy primitivo. Claro que, antes de jugar tendría que descifrar el sistema, lo cual parecía bastante sencillo.

Cuando conseguí describirlo del todo, me resultó muy fácil identificar los errores, que corregí al momento.

—¡Gané! —me dije.

—¿Hola?

Me di la vuelta y me topé con un humano mayor. Era más pálido que Marco, pero sus rasgos eran muy similares a los de mi amigo.

Marco me había ordenado que sólo contestara sí o no a las preguntas de su padre.

—No —repuse.

—Soy el padre de Marco. Tú debes de ser un amigo de mi hijo.

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—No —respondí.

—¿Te llamas «No»?

—Sí.

—Es un nombre poco común, ¿no?

—No.

—¿Ah, no?

—Sí.

—¿No es un nombre poco común?

—No.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—Sí.

Entonces el padre de Marco me observó detenidamente y después, alzando un poco la voz, llamó a Marco.

—¡Marco! Esto... tu amigo está

aquí. Tu amigo «No» está aquí.

—No —dije.

—Sí, eso es lo que he dicho.

Al rato Marco bajó corriendo las escaleras.

—¡Ahhh! —exclamó—. Um... vaya, papá, veo que has conocido a mi amigo.

—¿No? —preguntó el padre de mi amigo.

—¿Qué? —preguntó Marco.

—Debo de estar haciéndome viejo —se lamentó el padre de Marco a la vez que hacía un gesto negativo con la cabeza—. No entiendo nada de lo que decís, chicos.

—Sí —insistí.

Después, el padre de Marco se marchó y nosotros nos fuimos a la librería.

El libro es un invento humano asombroso puesto que permite un acceso inmediato a la información con tan sólo pasar páginas. Es mucho más rápido que un ordenador y lo más sorprendente de todo es que los humanos inventaron los libros mucho antes que los ordenadores. Estos humanos hacen muchas cosas al revés.

**Extraído del diario  
terrácola de Aximili-**

## Esgarrouth-Isthill

Al día siguiente por la tarde, me hallaba en el bosque leyendo un libro que se titula *El almanaque del mundo* y que informa de un montón de cosas, ¿a que no sabíais que el doce por ciento de los hogares utilizan deshumidificadores?; ¿que una oveja puede llegar a vivir veinte años? ¿O que los humanos al principio creían que el Sol giraba en torno a la Tierra?

Es un libro maravilloso y gracias a él me enteré de muchas cosas útiles. Por ejemplo, que desde que se inventó la primera máquina de volar hasta que se

consiguió llegar a la Luna sólo transcurrieron sesenta y seis años. Mientras que nosotros, los andalitas, tardamos casi el triple.

La raza humana es una especie muy inteligente y estoy seguro de que, si logran sobrevivir, algún día se convertirán en una de las razas más importantes de toda la galaxia.

Ni que decir tiene que los andalitas siempre serán los mejores.

Me encontraba en la orilla del río. Había ido a beber y, justo cuando una de mis pezuñas había rozado el agua, mis antenas captaron una sombra que descendía a toda velocidad desde el

cielo.

Tobías extendió las alas y pasó rozándome la cabeza.

<¡Ax! ¡Te están buscando! ¡No te muevas! Voy a traerlos.>

No aminoró la marcha y en un abrir y cerrar de ojos se elevó por encima de mi vista. Al rato volvió a aparecer, esta vez seguido de otras cuatro aves rapaces.

Tobías buscó acomodo en la rama de un árbol, y el resto, que no eran otros que los animorphs, se posaron en el suelo.

Al momento empezaron a cambiar de forma. El príncipe Jake se había

convertido en halcón. Rachel había optado por una inmensa águila de cabeza blanca y Cassie y Marco habían adoptado la forma de águilas pescadoras. Pero, progresivamente, fueron recuperando su estado natural.

Mi nerviosismo iba en aumento. Era evidente que me habían estado buscando por algún motivo urgente.

<¿Pasa algo?>, pregunté.

<¿Que si pasa algo? —repitió Marco—. ¿Tienes el valor de preguntar que si pasa algo? Pues para que te enteres...>

Justo en ese punto Marco cruzó la línea que separa la comunicación

telepática de la comunicación oral. Pero como su boca todavía tenía forma de pico profirió un rotundo graznido.

Observé la transformación de Cassie. Ella es una *estreen* por naturaleza, es decir, alguien con la capacidad de realizar metamorfosis de una gran belleza. En mi planeta eso se considera arte. De hecho hay *estreens* profesionales que dominan distintas técnicas de transformación. Es muy bonito.

Cassie no era una profesional pero tenía talento. Cuando mutaba componía imágenes preciosas. Hubo un momento en el que su cabeza de águila había

adquirido tamaño humano, al tiempo que unas alas enormes le salían de su cuerpo ya transformado.

Los otros animorphs cuando cambiaban de forma no resultaban tan elegantes como Cassie. Para ellos mutar consiste en que unos miembros humanos aparezcan mientras otros, las plumas en este caso, se esfuman. No era un espectáculo demasiado atractivo. De hecho, según tengo entendido, a los humanos les da un poco de miedo, incluso asco. Pero todos reconocen que Cassie posee un talento especial para ello.

—¿Se puede saber qué fue lo que

hiciste? —la boca de Marco ya se había formado del todo.

<No entiendo la pregunta.>

—Me refiero al ordenador de mi padre. Tocaste algo, ¿verdad?

<Yo... bueno, pero sólo el juego.>

—¿El juego? ¿EL JUEGO? ¡No era un juego! ¡Era el trabajo de mi padre!

<Te equivocas, se trataba de un juego. Tenías que encontrar los errores de las instrucciones —de repente, me vino una idea a la cabeza—. Ahora lo entiendo, tu padre diseña juegos para niños.>

Cassie estalló en carcajadas, aunque enseguida recobró la compostura.

—No, Ax. Mi padre diseña programas de *software* para su utilización en el campo de la alta tecnología. Ahora mismo estaba trabajando en la elaboración de un programa que le habían encargado los astrónomos del observatorio para utilizar con el radiotelescopio.

<Sí, también puede utilizarse para eso —repuse asintiendo como se lo había visto hacer a los humanos—, pero tenía tantos errores... que supuse que sería un juego para niños.>

—Si vuelves a pronunciar la palabra «juego», te juro que tumbo de un puñetazo —amenazó Marco.

—Lo que Marco quiere decir — aclaró el príncipe Jake poniendo una mano en el hombro de Marco—, es que no se trataba de un juego. Su padre se está volviendo loco.

—Mi padre asegura que puede que hayas creado toda una rama de *software* desconocida hasta ahora, además de haber abierto nuevos horizontes en la astronomía. La gente del observatorio perdió la cabeza cuando se lo enseñó. Se habla hasta del premio Nobel. Tuve que convencer a mi padre de que sólo había sido una casualidad y asegurarle que eras medio tonto y no el nuevo Einstein.

<Einstein, sí, he leído algo sobre él en *El almanaque del mundo*. Fue el primer humano que se percató de que la masa y la energía...>

—¡Ax! —explotó Rachel—, pero ¿es que no lo entiendes? ¿Qué pasaría si algún controlador oyera los rumores que corren sobre ese nuevo *software*? ¿No crees que lo primero que pensará es que sólo un andalita ha podido hacerlo?

De repente lo vi claro. Mi amiga tenía razón, si esas ecuaciones no eran un juguete, sino reales... acababa de avanzar la ciencia humana al menos un siglo.

—Vaya, veo que por fin lo has

entendido —repuso Marco con sarcasmo.

<¿Qué es un radiotelescopio?>, pregunté a Marco.

—¿Y yo qué sé? —contestó mi amigo encogiéndose de hombros—. A ver si te crees que soy el profesor de ciencias.

—Un radiotelescopio es un telescopio que funciona gracias a la utilización de ondas de radio y otras radiaciones emitidas por el espacio exterior —explicó Cassie.

Marco la miró incrédulo.

—Hay gente que no se duerme en la clase de ciencias, Marco —añadió

Cassie.

<Ya entiendo, un sensor primitivo, tiene sentido. Claro que con los cambios que he operado...>

—¿Qué? —preguntó Marco cortante —. ¿Qué pasa con esos cambios?

<Los cambios que he introducido sólo servirían...>

Enmudecí. ¿Un radiotelescopio? ¿Un enorme recolector de alta potencia que acumula una amplia gama de energía?

Repasé mentalmente mis antiguas clases de ciencia y recordé a mi profesor hablando de... ¡Bingo! Si operaban los ajustes necesarios y le añadía el *software* adecuado... Sí,

podría atraer la energía, concentrarla, modularla con mi propia mente y... entrar en espacio cero, lo cual me permitiría enviar mensajes a mi casa. ¡Sí!, podría utilizar el sistema y a través del espacio cero restablecer la comunicación con mi planeta.

Me sentía como si me hubieran dado una paliza. ¡Por fin! Había llegado el momento. Ahora podría utilizar el telescopio para ponerme en contacto con mi casa, mi gente, mi familia.

Creo que hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que deseaba ver a uno de los míos, a otro andalita.

—Ax, ¿Qué es lo que estás maquinando? —exigió saber Rachel.

Intenté concentrarme en su pregunta pero la cabeza me daba vueltas y me debilitaba por momentos. Iba a tener noticias de mi familia, por fin.

Al mismo tiempo otro pensamiento me asaltó: debía destruir esa tecnología porque dotar a los humanos de un gran avance tecnológico contravenía la Ley de la Bondad de Seerow.

—Ax, Rachel te ha hecho una pregunta —recordó el príncipe Jake, tajante—. ¿En qué estás pensando?

Tenía que cumplir con mi deber y eso me impedía contárselo a mis

amigos. Corregiría los daños causados, pero antes de eso... ¿Qué tenía de malo querer comunicarme con mi familia después de tanto tiempo?

<En nada —mentí—, nada en absoluto.>

# 10

Mis amigos se marcharon y yo aproveché la ocasión para comer. Por lo general, siempre que puedo me alimento por las noches. En mi planeta es distinto, pero aquí, en la Tierra, tengo que procurar que nadie me vea.

Cuando correteo por espacios abiertos, o bien es de noche o, si no, Tobías vigila desde lo alto y me avisa si hay gente cerca.

Mis amigos dicen que desde lejos parezco un animal terrícola normal y corriente, un ciervo o un caballo pequeño. Pero si alguien me viera de

cerca, enseguida se percataría de que no pertenezco a este planeta.

Así que no me queda más remedio que comer por las noches.

Entonces corro como un loco por los grandes campos de hierba que rodean la granja de Cassie, ya casi a las afueras del bosque. Correteo bajo una única luna, muy diferente a las lunas de mi planeta. La de la Tierra aparece y desaparece y hay noches en las que ni siquiera se ve. En cambio, en nuestro cielo, siempre hay por lo menos dos lunas, y cuando brillan las cuatro en el cielo de la noche, es casi como si fuera de día.

¡Mi casa! Mi casa se encontraba a cientos de miles de kilómetros de distancia de aquí. A veces me sumía en una profunda tristeza cuando pensaba en mi hogar. Un guerrero tiene que sobreponerse a eso. Pero por las noches, cuando permanecía en el bosque, o corría por los campos, no podía evitar acordarme de mi hogar.

Y una vez comprendí que podía hablar con ellos si así lo quería, me resultaba todavía difícil resistirme. Todo lo que tenía que hacer era convertir el radiotelescopio humana en un comunicador de espacio cero. Pero, si lo hacía, quebrantaría nuestra ley al

dotar a los humanos de una tecnología avanzada.

No, no debía llevar a cabo aquella locura. Yo no era Elfangor. No podía decidir así como así quebrantar la Ley de la Bondad de Seerow.

Sin embargo, otra idea me rondaba la mente. En realidad había sido un accidente porque yo no tenía la intención de revelarles la existencia de aquel *software* a los humanos, con lo cual yo no había quebrantado la ley. Así que si iba al observatorio y lo borraba... estaría haciendo lo correcto.

Eso es, iría al observatorio y borraría el programa... pero antes lo

utilizaría para comunicarme con mi planeta.

Después de todo, no estaba haciendo nada malo.

Me vinieron a la cabeza imágenes de mi padre y mi madre cuando estábamos juntos, y de Elfangor también. Aunque él no estuviera casi nunca en casa, su recuerdo permanecía en mi mente.

Yo era entonces muy pequeño, sin embargo recuerdo perfectamente el día en que Elfangor, que ya era un gran guerrero, vino de permiso. Apenas lo conocía, sólo lo había visto en las pantallas de comunicación, nunca en persona. Cuando yo nací, él se

encontraba fuera de casa luchando contra los yeerks.

Recuerdo que nos fuimos a correr juntos, los dos solos. Yo era muy torpe en comparación con mi hermano, que parecía una criatura salida de una leyenda andalita. Él sí que era rápido y fuerte.

Conocer a mi hermano fue para mí una conmoción. Supongo que hasta entonces tenía muy asumido que yo era el miembro más importante de mi familia. Con Elfangor cerca, era muy difícil sentirse importante.

No habló conmigo demasiado, aunque tampoco se limitó a echarme el

típico sermón de hermano mayor. Se comportaba tal y como era. Hablaba conmigo de la misma manera que lo hacía con mis padres y jamás me trató como a un crío, lo cual me parecía genial. Después de conocer a mi hermano, decidí lo que quería ser de mayor: quería convertirme en guerrero, quería ser como Elfangor.

Pero había muerto. Y quizá mis padres ni lo sabían, como tampoco sabían que yo seguía vivo.

Aminoré la marcha, me hallaba lejos de los campos y ante mí distinguí las luces de la granja de Cassie. Pero ¡qué tonto! Estaba tan absorto en mis propios

pensamientos que me había despistado.

Sin perder tiempo, me di media vuelta para regresar al bosque.

—Ya que estás aquí, quédate un rato —dijo una voz

<¿Cassie?>

Surgió de la oscuridad. ¿Cómo era posible que no la hubiera visto? Me aproximé a ella.

Cassie empezó a transformarse. Su rostro era humano pero mostraba una fantasmal crin de caballo de color blanco grisáceo y sus piernas humanas terminaban en pezuñas.

<Te has convertido en caballo>, observé.

—Sí, a veces lo hago —reconoció una vez hubo recuperado del todo su forma humana—. Me encanta correr, pero no se lo digas a Jake. Se enfadaría conmigo si se enterase de que a veces me transformo sólo por gusto.

<No creo que Jake se enfade contigo —añadí—. No soy un experto en la raza humana, pero diría que nuestro Príncipe siente un cariño especial por ti.>

—Lo dudo —contestó Cassie riéndose en silencio—, sólo somos dos amigos animorphs.

<Entonces, ¿cómo es que a veces vais de la mano y con los dedos entrelazados?>

—Oh... vaya, no entiendo cómo te has dado cuenta.

<¿Por qué?>

—Buff... es una larga historia —informó Cassie—. Olvídalo, ¿vale? ¿Cómo va tu aprendizaje sobre los humanos?

<Ya he acabado *El almanaque del mundo*.>

—¿Y qué opinas?

<Creo que los humanos son interesantes.>

—Claro, claro. ¿Y qué tal si me dices lo que realmente piensas?

Vacilé unos segundos, mi amiga parecía esperar otro tipo de respuesta.

Pero con los humanos nunca se sabe porque se ofenden muy a menudo por cosas insignificantes.

<Creo que hay una segunda razón por la que los yeerks quieren esclavizar a vuestra especie>, admití.

—Aparte de para tener muchos portadores humanos, ¿para qué más?

<Porque os tienen miedo.>

—¿Que nos tienen miedo? ¿Por qué?  
—se rió mi amiga—. Te has estado informando sobre las guerras de este planeta, ¿no? Ya sé que ha habido muchas y terribles, pero los humanos somos mucho más que eso...

<Todas las especies luchan entre sí

—la interrumpí—. En el pasado los andalitas se enfrentaron entre ellos. Los hork-bajir tenían un reloj biológico que los programaba para la lucha cada sesenta y dos años. Y en cuanto a los taxxonitas... son auténticos caníbales.>

—Ya, bueno, los humanos tampoco somos una joya.

<Todas las especies tienen algo de que avergonzarse —añadí—, todas esconden alguna terrible culpa.>

Cassie me miró fijamente a los ojos. Imaginaba que se estaría preguntando si eso se refería también a los andalitas, pero por suerte no dijo nada.

—Entonces, si las guerras no son lo

que les preocupa, ¿cuál es el problema?

<Descubristeis la radioactividad en 1896. En 1945 hicisteis explotar una bomba atómica. Sólo habían transcurrido cuarenta y nueve años. En 1903 volasteis por primera vez y sesenta y seis años más tarde llegabais a la Luna.>

—Ya veo que has leído a conciencia *El almanaque del mundo* —observó Cassie con una sonrisa—. ¿Tratas de decir que avanzamos con rapidez?

<Lo que quiero que comprendas es que si los yeerks no os destruyen ahora, saben que dentro de unos cincuenta años habréis descubierto el modo de viajar

más rápido que la luz. Y dentro de cien años... a saber.>

—¿Cuánto tiempo habéis tardado vosotros en hacer esas cosas?

<No... no lo recuerdo bien>, mentí.

—Ya veo —comentó Cassie. Su tono de voz expresaba lo que ellos llaman «decepción».

<Yo... —bajé la cabeza—, como guerrero andalita que soy estoy obligado bajo juramento a no revelar información alguna sobre la tecnología andalita a ninguna otra especie, por eso no solemos hablar de nosotros, ¿entiendes? >, incluso a mí me resultaba patético.

—¿Ni siquiera aunque esa

información pudiera ayudarnos a derrotar a los yeerks? ¿No fue precisamente eso lo que tu hermano hizo al concedernos el poder de transformarnos?

No tenía respuesta. Mi amiga tenía razón, Elfangor había incumplido nuestras leyes.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Cassie.

<Yo no soy Elfangor —contesté al fin—. Yo soy como vosotros, un niño. Elfangor era un gran Príncipe. Mi gente puede comprender y perdonar lo que hizo Elfangor porque él era una persona importante.>

—Ya veo —dijo Cassie—. Tengo una idea, ¿por qué no te transformas en humano y vienes a casa? Así conocerías a mis padres y podrías quedarte a cenar.

<Ya he comido.>

—¿Así que ya has comido? —replicó arqueando una ceja. Creo que estuvo a punto de preguntarme algo al respecto, pero cambió de idea—. Bueno, no importa. Pasa, no tienes por qué comer si no tienes hambre. Venga, anímate, te sentará bien.

<¿Que me sentará bien? ¿Es que parezco enfermo?>

—No, sólo un poco... muy solo, para ser sinceros.

Aquella palabra me perforó el alma.  
No imaginaba que dolería tanto.

<¿Cómo vas a explicar a tu familia  
quién soy?>

—Transfórmate en Jake —sugirió  
Cassie al tiempo que se encogía de  
hombros—. Ya lo has hecho alguna vez,  
¿no?

Los humanos tienen unos gustos muy raros. Piensan que la música es bonita. En mi opinión, toda la música, sin excepción, es horrible. Además no conceden la menor importancia a lo que para mí tiene más mérito: los bollos de canela, las barritas de chocolate Snickers, la pimienta picante y una bebida refrescante llamada vinagre.

**Extraído del diario**

**terrícola            de            Aximili-  
Esgarrouth-Isthill**

El cuerpo que adopto cuando me convierto en humano no se diferencia demasiado del cuerpo de Jake, excepto que él es un poco más grande. Como adquirí el ADN de mi amigo, soy idéntico a él. Cassie insistió en que me pusiera una prenda de ropa que ellos llaman «peto» y un par de botas que había en el granero antes de entrar en su casa. Los humanos son muy especiales con la ropa, es una cosa que aún no acabo de comprender.

—Hola, Jake. Cassie ya te ha vuelto

a convencer para que le ayudes a limpiar la cuadra, ¿eh? —me preguntó el padre de Cassie en cuanto me vio entrar.

El padre de mi amiga era hombre, como todos los padres humanos. Tenía el pelo castaño oscuro, pero parecía que se lo hubieran arrancado en su mayor parte. Llevaba unas lentes redondas y transparentes en el rostro, que al parecer sirven para corregir la visión defectuosa. Su tez era oscura y tenía el número habitual de brazos y piernas.

—No —contesté—, me dijo que viniera a comer vuestra comida, comiida, midaa.

—Tienes toda la razón, alguien tiene

que comérsela, pero esta vez te va tocar sufrir porque he cocinado yo. Esta noche tenemos para cenar mi especialidad: el mejor chile del mundo.

—Oh. ¿Chile? —los ojos de Cassie se abrieron como platos. Parecía asustada—. Um, Jake me ha dicho que no tiene hambre. Ya ha comido.

—¿Es que el chile es una comida que da miedo? —le pregunté a Cassie.

—El mío sí —sonrió el padre.

—¿Es a Jake a quien oigo? —preguntó alguien desde la habitación de al lado. Luego apareció una mujer que, supuse, era la madre de Cassie. Tenía el pelo negro y mucho más abundante que

el padre. A ella no se lo habían arrancado.

Se dirigió con los brazos abiertos hacia donde yo me encontraba.

—Cada día que pasa estás más guapo, Jake —me abrazó y me estrujó durante un instante, después me soltó—. ¿Te quedarás para probar el chile de la muerte?

—Sí, le he invitado a cenar —se apresuró a aclarar mi amiga—, pero no tiene hambre porque ya ha cenado, no creo que le apetezca probarlo.

—¿Has visto cómo tu hija trata de protegerle? —comentó la madre de Cassie sonriendo a su esposo.

—Demasiado tarde —replicó el padre—. No tiene escapatoria.

Para comer nos teníamos que sentar delante de una mesa. Sabía cómo funcionaba porque ya lo había hecho antes, cuando tuve que suplantar a Jake en su casa durante unos días. También sabía lo que era un tenedor, una cuchara y un cuchillo.

Esa noche descubrí que el chile es marrón y rojo, que contiene un montón de ingredientes y que despide un olor muy fuerte. Sobre la mesa había también una cosa llamada pan de maíz jalapeño y un cuenco con trocitos de frutas variadas.

Después de tantas advertencias no me hacía mucha gracia comer chile. Empezaba a ponerme nervioso, pero presentía que el padre de Cassie se ofendería si no lo probaba al menos. Así que me atreví con una cucharada.

Creo que en toda mi vida, por larga que sea, olvidaré esa experiencia.

El chile estaba muy caliente, pero no sólo de temperatura. Después he averiguado que a ese sabor lo llaman picante.

El caso es que sentí como si las papilas de gusto de mi lengua humana explotasen. Aquel sabor intenso ardía en mi boca. Estoy seguro de que todos los

nervios de mi cuerpo sufrieron una sacudida. Incluso se me saltaron las lágrimas.

No era tan bueno como el chocolate, pero sí intenso, ¡muy intenso!

¡Oh! Un andalita nunca lo entendería. El sabor es un sentido exclusivamente terrícola. ¡Ah, el sabor! ¡Qué maravilla!

—¡Esta comida es fabulosa! — exclamé.

—¿Cómo? —preguntó la madre de Cassie.

—¡Ajá! ¡Por fin alguien que sabe apreciar los placeres de la comida picante! —celebró el padre.

Me di cuenta de que había limpiado

el cuenco, pero quería más. ¡Quería más! ¡Qué sabor tan delicioso! ¡Qué sensación!

—Queda mucho todavía —me informó el padre al tiempo que me volvía a llenar el cuenco.

—Um... Jake, en serio, no tienes por qué comer más si no quieres —insistía Cassie.

—¡Me comeré el tuyo! —exclamé.

Empecé a notar una especie de hormigueo por todo el cuerpo.

Los ojos parecían a punto de salirseme de las órbitas y mi estómago hacía unos ruidos muy raros, sin embargo, no podía parar de comer.

—¡Me encanta este chico! — exclamó el padre de Cassie—. Me pregunto si sus padres aceptarían que lo adoptáramos. Jake eres un muchacho muy inteligente y perspicaz.

—Ha perdido el juicio —opinó la madre—, no hay otra explicación.

De repente sentí un dolor agudo en una de mis piernas. Supuse que Cassie me había dado una patada por debajo de la mesa. Alcé la vista y la miré. Mi amiga sonreía con dulzura y, sin previo aviso, me propinó otra patada.

—Creo que ya has comido más que suficiente —dijo mientras me dirigía una mirada asesina.

—Sí, ya no quiero más —anuncié y aparté el cuenco a un lado—, chilee, chil-eee.

—Lleva chiles habaneros —explicó el padre—, la sustancia picante que más ardor produce.

—No tanto como la fusión nuclear —señalé.

—Bueno y ¿qué tal el colegio, Jake? —me preguntó la madre de Cassie.

Yo conocía ese tipo de actividad. Se llama «mantener una conversación». Las reglas consisten en que cada uno le hace al otro una pregunta.

—Bien, y ¿qué tal su trabajo con los animales? —le pregunté yo.

—Sin muchas novedades —contestó la madre de Cassie—. Aunque vamos a tener muy pronto bebés camello.

La madre de Cassie es veterinario. Trabaja en el zoo, un lugar donde guardan animales no humanos.

—Jake, ¿crees que los Bulls volverán a arrasar este año? —me preguntó el padre de Cassie.

Percibía que el nerviosismo de Cassie iba en aumento. Temía que yo no comprendiera alguna de las preguntas, pero gracias al *Almanaque del mundo*, sabía que los Bulls era un equipo de baloncesto.

—Sí —respondí—, estoy seguro de

que arrasarán.

Era mi turno. Así era como funciona lo que llaman «mantener una conversación».

—¿Sabían que el colador fue inventado en 1878? —pregunté.

Cassie, su madre y su padre me miraron sorprendidos. Era evidente que no lo sabían.

Luego vimos la televisión un rato. Era la historia de una familia ficticia. La seguí con mucha atención, sin dejar de observar a Cassie y a sus padres.

Se aprende mucho de una familia humana. Además, yo ya había conocido a la familia de Jake y al analizar la de

Cassie, encontraba algunas diferencias. Por ejemplo, la familia del Príncipe realiza un breve ritual religioso justo antes de comer, y la de Cassie no. Además, en la familia del Príncipe, el padre se queda dormido mientras mira la televisión y en la de Cassie era a la madre a quien se le empezaban a cerrar los ojos.

—Me tengo que ir —le dije a Cassie—. Ya casi han pasado dos horas de las vuestras.

La madre de Cassie se despejó lo suficiente para repetirme que estaba loco pero que seguía siendo un encanto.

El padre me guiñó el ojo izquierdo y

me hizo un gesto con la mano cuando ya me iba. A continuación, se echó a reír por algo que acababa de ver en la televisión.

Salimos a la calle. Era ya tarde y había refrescado.

—Bueno —exclamó Cassie a la vez que dejaba escapar un rotundo suspiro—, no ha ido tan mal, después de todo. Vamos, te acompaño hasta donde puedas transformarte sin peligro. Por cierto, como ya te has leído *El almanaque del mundo*, he pensado que quizá te gustaría empezar otro libro. Toma —me ofreció al tiempo que me lo mostraba—, es un libro de citas, cosas dichas por gente

famosa.

—Gracias.

Me sentí raro caminando en la oscuridad, alejándome de la casa de Cassie. Era muy extraño, tenía frío, aunque en realidad no lo hacía.

—¿Qué te han parecido mis padres?

—me preguntó Cassie.

—Me han gustado mucho —contesté

—. Por cierto, ¿cómo es que tu padre se ha quitado el pelo de la cabeza? Pelo, eee-loo. Se lo iba a preguntar y al final se me ha olvidado.

—Se está quedando calvo —aclaró

Cassie— y has hecho bien en no mencionarlo. Es algo normal en los

humanos, pero hay personas muy sensibles a ese tipo de cosas.

—Ya entiendo. Las pezuñas de mi padre están perdiendo brillo. También es normal, pero a él no le gusta que se lo digan.

—¿Cómo es tu padre? ¿Y tu madre?

—Son... padres normales. Son muy buenos. Son...

—Sigue.

—Tengo algo que la garganta —confesé—, como un tapón que me impide hablar. ¿Es normal?

—Los echas de menos —explicó Cassie agarrándome de un brazo—. Pues claro que es normal.

—Un guerrero andalita sabe que tiene que pasar muchos años lejos de su hogar y de su familia. Es lo normal.

—Ax, tú mismo lo has dicho. Aunque seas un guerrero andalita, también eres un chico muy joven.

Me detuve. Ya apenas se distinguían las luces de la casa, podía volver a mi estado natural sin peligro de ser visto. El cielo estaba precioso, todo lleno de estrellas.

—¿Dónde están? —me preguntó mi amiga siguiendo la dirección de mi mirada—, si es que te está permitido decírmelo.

Señalé con uno de mis dedos

humanos hacia el cuadrante del espacio donde la estrella de mi hogar parpadeaba.

—Allá —indiqué.

Observé la estrella mientras mi forma humana se iba derritiendo y empezaba a resurgir mi cuerpo de andalita.

—Ax, tú sabes que Jake, Tobías y yo, incluso Rachel y Marco nos preocupamos por ti, ¿verdad? No pienses ni por un momento que para nosotros sólo eres un simple alienígena.

<Gracias por el chile —respondí—. Estaba riquísimo.>

Una vez hube recuperado mi forma

por completo, me adentré en el bosque.

# 12

Pasé buena parte de la noche leyendo el libro de citas. Debería haber aprovechado para descansar, pero no podía, estaba inquieto.

Pensaba constantemente en lo fácil que resultaría convertir el radiotelescopio del observatorio en un transmisor de espacio cero.

La idea de comunicarme con mis padres me llenaba de tristeza y de nostalgia.

<Me podrían dar algún consejo — pensaba—, o incluso darme instrucciones concretas.>

Pero por otro lado me preguntaba:

<¿NO se sentirían orgullosos de que yo estuviera luchando contra los yeerks? Todos dirían: «Es como Elfangor, otro héroe».>

No es que me sintiera muy orgulloso de este último pensamiento, pero si os digo la verdad, lo cierto es que me moría de ganas de que toda la gente de mi planeta supiera lo valiente que era, allí solo, en la Tierra.

Así, poco a poco, en mi mente empezó a cobrar forma un plan.

Encontré un sitio tranquilo para dormir. Me recosté y cerré los ojos principales. Los ojos de las antenas

permanecían abiertos, atentos a cualquier peligro. Relajé los músculos de la cola hasta que ésta tocó el suelo.

Solo, sí, me encontraba solo, durmiendo en el bosque, en un planeta muy lejos de mi hogar. Era el único de mi especie y eso hacía que me sintiera terriblemente solo. Además, todos los demás tenían una casa. Cassie estaría durmiendo en su cama, Marco en la suya, y lo mismo harían Rachel y Jake. Todos tenían su hogar. Todos excepto Tobías y yo.

Tobías, él lo entendería. Pero ¿me ayudaría? Si decidiera llevar a cabo mi plan, ¿me ayudaría? ¿Podría confiar en

él?

Levanté la cola y abrí los ojos principales. Sabía dónde dormía Tobías y hacia allí me dirigí. Lo encontré sin problemas, aferrado con sus garras a la rama del árbol donde supuse que estaría durmiendo.

<¿Tobías?>, lo llamé.

<¿Eh? ¿Qué? ¿Qué pasa?>

<No pasa nada, sólo que... quiero hacerte una pregunta.>

<Espero que sea una pregunta importante porque estaba durmiendo.>

<Tobías, ¿eres amigo mío?>

<¿Para eso me has despertado? — extendió las alas como si intentara

estirarse—. Ax, tú y yo somos las criaturas más extrañas de este planeta: tú, un extraterrestre estrambótico de cuatro ojos, que parece un cruce de centauro, ciervo y escorpión; y yo, un pájaro con la mente de una persona. Hemos luchado codo con codo y hemos estado a punto de morir en muchas ocasiones. Pues claro que soy tu amigo.>

Me sorprendió la rapidez de su respuesta, como si fuese la única posible y no le cupiera la menor duda.

<Me alegro —repliqué—. ¿Me guardarías un secreto? No se lo podrías contar ni siquiera al príncipe Jake ni a

Rachel.>

Tobías enmudeció durante unos minutos.

<¿Es algo que podría perjudicar a mis amigos?>

<No.>

<Entonces, sí, te guardaré el secreto —asintió Tobías—. Te lo juro.>

<¿Por quién? Tengo que estar seguro. Dime, ¿qué promesa no romperías jamás?>

<Ax, ya sabes que yo estaba presente cuando tu hermano murió.>

<Sí, lo sé. Lo acompañaste hasta el final.>

<Sí, y no sé muy bien por qué —

confesó Tobías—, pero había algo en él... Es difícil de explicar. Solo sé que quería seguir junto a él y escuchar todo lo que dijera. Era como un imán del que me costaba trabajo separarme. No me fui hasta que me lo ordenó. No sé si me entiendes.>

<No tienes que explicar nada>, añadí con dulzura. Incluso aquí, entre alienígenas, Elfangor es un héroe.

<Me has preguntado por quién lo juraría. Te lo juro por él, por el príncipe Elfangor.>

Entonces, le conté a Tobías mi plan.

«E.T. llama a casa».

Cuando leí esta frase en el libro de citas humanas de Cassie, me quedé aturdido. La verdad es que me asusté. Era como si la hubieran escrito para mí. Incluso llegué a pensar que quizá mis amigos humanos habían descubierto de algún modo mis planes y habían escrito aquello para que yo lo leyera.

**Extraído del diario**

**terrícola de Aximili-  
Esgarrouth-Isthill**

El sol empezaba a despuntar en la Tierra.

Realicé mi ritual de todas las mañanas, aunque esa mañana me sentía particularmente impaciente. Tobías había salido de caza muy temprano y estaría de vuelta en cuanto se zampara algún que otro infeliz ratoncillo o musaraña.

<Mi única causa es sólo la libertad, mi único guía, mi pueblo, y mi única gloria, la obediencia a mi Príncipe.>

Cuando Tobías regresara de la

cacería, me guiaría hasta el observatorio, hasta el gran radiotelescopio. Con un poco de suerte, conseguiría ponerme en contacto con mi familia.

<Yo, Aximili-Esgarrouth-Isthill, guerrero cadete andalita, ofrezco mi vida.>

En ese momento, mis antenas oculares captaron la silueta de un ratonero descendiendo. Tobías se posó en una rama y me miró fijamente con aquellos ojos suyos tan intensos.

<¿Has acabado?>, me preguntó.

<Sí, ya he completado el ritual.>

<Estupendo porque hoy es un día

perfecto para volar. Hay unas corrientes térmicas fabulosas y sopla una ligera brisa que nos irá de perlas para retomar el vuelo desde el suelo.>

<Tobías, no tienes por qué hacer esto, quiero que quede muy claro —le advertí—. Puede ser peligroso.>

<Vale, vale. Venga, vamos.>

No era la primera vez que me transformaba en pájaro. De hecho, me iba muchas veces a volar con Tobías. Por lo general, me transformaba en un aguilucho, que es un tipo de halcón, de un tamaño aproximado al de Tobías. Las plumas de mi amigo son en su mayoría marrones y de color café claro, mientras

que las de un aguilucho son grises y blancas.

Intenté dominar la emoción y el miedo que sentía para concentrarme en el animal. El cuerpo de un aguilucho me resultaba muy extraño. Para empezar, el tamaño del animal y el de un andalita son totalmente diferentes, incluso tratándose de un ave más grande seguiría siendo muy distinto.

La primera sensación fue de caída, empecé a encoger de repente.

Mis ojos adicionales perdieron la visión y de mis patas delanteras crecieron alas, lo cual no sólo resultaba bastante raro, sino que me hizo perder el

equilibrio y, como era de esperar, caí de bruces, puesto que mis patas traseras no podían soportar todo el peso. Además, éstas ya habían empezado a arrugarse para formar unas diminutas y escamosas patas amarillas de pájaro. Mi cola de andalita también empezó a disminuir y, progresivamente, se fue deshaciendo en docenas de plumas alargadas.

Los aguiluchos también tienen boca, al igual que los humanos, sólo que no producen palabras y apenas aprecian el sabor pero, por otro lado, las bocas de estos pájaros constituyen una fantástica arma natural. Son afiladas y se curvan hacia abajo como un garfio mortal.

Las garras también son increíbles. Yo siempre he admirado a Tobías por su forma de utilizarlas. Es impresionante, es capaz de planear muy deprisa casi a ras de suelo y levantar con sus garras un ratón, o incluso un conejo pequeño.

Las plumas de color gris plateado iban sustituyendo al pelaje azul de mi cuerpo. Era muy curioso porque primero se derretía el pelaje dejando al descubierto la piel que había debajo y, casi de inmediato, se cubría de millones de nervaduras de plumas.

Como ya me había transformado otras veces en aguilucho, conocía su mente y había aprendido a controlar sus

instintos, mucho más fuertes que los de los humanos.

<Hay una cosa que siempre te he querido preguntar, Ax —observó Tobías—. No te ofendas, pero ¿cómo es posible que Cassie sea mejor que tú a la hora de transformarse? Tú eres un andalita y, sin embargo, cuando cambias de forma resulta igual de repulsivo que cuando lo hacen Jake o Rachel.>

<Cassie tiene un talento especial —repliqué un poco molesto—, y yo no.>

<Oh. ¿Listo para volar?>

Comprobé que todo estuviera a punto. Extendí las alas que tenían casi un metro de envergadura. Moví las plumas

de la cola. Enfoqué la vista en un árbol, a lo lejos, y pude distinguir todas y cada una de las hormigas que trepaban por su tronco.

Ejercité mi superoído y percibí hasta el más leve sonido del bosque. Oí a los insectos corretear por debajo de la pinaza, a las ardillas mordisquear nueves y el corazón de Tobías latir a toda velocidad.

Dirigí mi rostro hacia la brisa y extendí las alas. Las moví arriba y abajo varias veces y, enseguida, mis pequeñas patas se separaron del suelo. La brisa me envolvió y alcé el vuelo, pero aun así tuve que aletear con fuerza para

remontar las copas de los árboles. Tobías se encontraba mucho más arriba que yo, era lógico, tenía mucha más práctica que yo.

Por fin, después de aletear y planear sin descanso, superé las copas de los árboles. El sol brillaba con fuerza, lo cual provocaba corrientes térmicas ascendentes. Me sumergí en una de ellas que me transportó hasta lo más alto. En tan sólo unos segundos me había elevado unos sesenta metros.

Allá abajo divisé la granja de Cassie y cuando me elevé todavía más, vi todos los lugares que me resultaban familiares: las casas de los otros, el

centro comercial y el colegio.

<No te separares demasiado —me recomendó Tobías—. Borearemos la costa. El observatorio queda al norte, a una hora más o menos.>

Llegamos a la costa y enseguida descubrimos los acantilados que descendían hacia el mar. El vuelo era fácil porque allí las corrientes térmicas, que se componen de aire caliente, eran abundantes. Cuando te sumerges en una de ellas, experimentas la misma sensación que si volaras en un ascensor o te deslizaras por un conducto. La corriente envuelve tus alas y te impulsa hacia arriba.

Es una sensación de vértigo fantástica y salvaje, pero al mismo tiempo debes mantenerte alerta y no salirte de la corriente. Por esa razón, para poder seguir a Tobías, giraba a la izquierda y derecha o me daba la vuelta.

<Tenemos que volar por encima de las gaviotas —informó Tobías—. Si están de mal humor y les da por fastidiar, nos perseguirían.>

Era muy emocionante. Allí estábamos nosotros, a centenares de metros del suelo, y abajo, en las playas, los humanos, tumbados en la arena, con menos ropa de la habitual. La ropa es una de las costumbres más raras de los

humanos. Siempre se cubren el cuerpo, excepto en la playa, donde llevan menos ropa de lo habitual.

Ésa es una de las cosas que todavía no entiendo, y *El almanaque del mundo* no servía de mucha ayuda. Sólo decía que Estados Unidos importaba 36,7 billones de dólares en ropa.

<No pierdas de vista a ése de allí>, me advirtió Tobías.

<¿Dónde? ¿El qué?>, pregunté sorprendido. Estaba tan absorto en mis pensamientos que me costó un poco reaccionar.

<Es un halcón peregrino. Probablemente sólo quiera atrapar

alguna gaviota, pero quizá cambie de opinión y decida que nuestra carne es más tierna. Aunque es muy pequeño es muy veloz, y también es malo.>

Me mantuve alerta. La Tierra puede resultar un lugar inhóspito y peligroso, al menos para un pájaro.

Pensé que debía de ser muy duro para Tobías vivir así, siempre expuesto a peligros desconocidos para un humano. Tobías había perdido su puesto en lo alto de la cadena alimenticia de la Tierra. Los halcones son ambas cosas: depredadores y presas. Sin embargo, parecía haberse resignado a su destino. ¿Y si en realidad él prefería ser un

halcón? Ésa podría ser la razón de que nunca me hubiera preguntado nada sobre los *nothlits*.

¿Pensaría mi amigo que yo no le contestaría o, todavía peor, que le diría alguna mentira?

Por suerte, el halcón peregrino nos ignoró y nosotros seguimos nuestro camino por la costa. Muy pronto dejamos la ciudad atrás, y enseguida también las playas. La costa se iba haciendo cada vez más abrupta y las olas, al romper contra las rocas afiladas, provocaban una explosión de espuma.

Tan sólo se distinguía una carretera que corría paralela a la costa. Había

algunos coches pero pocos edificios. A continuación, y a lo lejos, me llamó la atención una enorme estructura blanca. Bueno, de hecho, había varias. Divisé también un edificio alto coronado por una cúpula y rodeado por una colección de lo que parecían enormes cuencos planos de color blanco orientados en distintas direcciones. Tardé unos minutos en deducir para qué servían.

<¡Ésos son los radiotelescopios! — me reí—. ¿Todavía utilizáis filas de reflectores?>

<¿No te sirven para... lo que intentas hacer?>, preguntó Tobías.

<Sí, en principio no debería haber

ningún problema. Si consigo acceder a los ordenadores, en teoría tendrían que ponerse en funcionamiento. Me hace gracia porque son tan primitivos...>

<Supongo que no me vas a decir qué hacemos aquí, ¿verdad?>

<¿Que qué hacemos aquí? Pues, volar, ¿no lo ves?>

<Vaya, pero si resulta que hasta sabes bromear. ¡Estupendo!>

# 14

<¿Ese edificio de la cúpula? —le pregunté a Tobías cuando ya volábamos por encima del observatorio—. ¿Es ahí donde se supone que están los ordenadores?>

<Quizás. Al menos ahí es donde tienen el telescopio normal, creo, así que es muy posible que también estén ahí el centro de control y los ordenadores.>

Examiné la cúpula con mi increíble visión de halcón. En la parte superior había una gigantesca abertura rectangular. En su interior distinguí un

gran círculo de cristal. Me reí al reconocerlo.

<¿Un telescopio? ¿Un telescopio óptico de los de verdad? ¿Qué se pensarán que pueden ver con eso?>

<Pues por ejemplo un ratonero de cola roja y un aguilucho volando juntos con pinta de turistas despistados — comentó Tobías—. Según Marco, este lugar todavía no es operativo, así que no sé cuánta gente puede haber. Lo primero que hay que hacer es buscar un lugar seguro donde aterrizar. Allí podrás adoptar alguna forma más práctica para llevar a cabo... lo que tienes en mente.>

<Tobías, ¿es eso sarcasmo? Me

refiero al tono con que has contestado a mi pregunta.>

<No, no es sarcasmo. Yo más bien lo llamaría desprecio.>

<Ah, gracias por la aclaración. Y ¿porqué no vamos directamente al interior de la cúpula?>, le pregunté.

<De acuerdo>, convino Tobías; y se lanzó en picado como un rayo.

Descendimos a una velocidad vertiginosa, parecíamos dos cohetes. La reluciente cúpula blanca se precipitaba hacia nosotros y, cuando lo juzgué oportuno, ladeé ligeramente el cuerpo y atravesé la abertura rectangular sin vacilación.

Dentro había mucha menos luz que en el exterior, aun así reconocí de inmediato el enorme tubo del telescopio por debajo de mí.

<Mira, allí hay unas puertas — indicó Tobías—. Probablemente son las oficinas, donde guardan los ordenadores. Quizás alguna de ellas esté vacía.>

<Eso sería genial, pero necesitaré mis dedos.>

<Para...>

<Para hacer lo que sea que vaya a hacer>, terminé.

Sobrevolamos la sala describiendo círculos con la intención de descubrir a

algún humano, pero no vimos a nadie.

<Este lugar está vacío>, informó Tobías.

<Sí, parece abandonado — corroboré—. Tobías, voy a descender, se me acaba el tiempo. A partir de ahora debo continuar solo.>

<Vale, vale. Entiendo. Buena suerte, Ax-man. Sea lo que sea lo que vas a hacer, ten cuidado.>

Tobías se elevó y abandonó la cúpula. Me había quedado solo.

Descendí hasta el suelo y me posé sobre una mesa. Había una terminal de ordenador, pero ningún humano a la vista.

Distinguí una puerta abierta que conducía a lo que parecía ser una oficina vacía y oscura. Sin perder tiempo, levanté el vuelo y entré en la sala.

Los ojos del aguilucho, como los del halcón, están diseñados para la luz del día. Por la noche no resultan de mucha utilidad. Pero, por suerte, el aguilucho goza de un oído excelente. A pesar de mi pésima visión, localicé una mesa sobre la que me posé. Luego me paré a escuchar con atención.

Me encontraba solo en la habitación. De eso estaba seguro. Percibía sonidos humanos, pero me llegaban a través de

las paredes. Hubiera jurado que se trataba de una conversación, pero me resultaba imposible identificar los sonidos. Tenía la sensación de que todos los humanos se hallaban concentrados en una zona.

<Ax, ¿me... pued... oír?>

Era Tobías. La comunicación era muy débil.

<Muy mal>, respondí.

<Estoy fuera. Me encuen... en... ventana. En el interior de la sala... hay... ete... como si celebraran una reunión.>

<Ya, los estoy oyendo —le informé—. ¿Puedes vigilarles y avisarme sin

vienen hacia aquí?>

<Sí. Si... ien sale de la... eunión, me daré cuenta...>, respondió Tobías.

<Te oigo fatal —informé—. Voy a transformarme.>

<No te oi... pero adelan...>

Mi plan inicial era recuperar mi estado natural de andalita y seguidamente convertirme en humano por si me tropezaba con alguna persona. Pero el vuelo me había dejado exhausto y transformarse exige mucho esfuerzo, sobre todo si pretendes hacerlo muy deprisa. Además, si surgía una emergencia y tenía que escapar, primero debía convertirme en andalita y después

otra vez en ave. Mi cuerpo no resistiría tantos cambios en tan poco tiempo, por lo cual decidí arriesgarme a permanecer en mi forma de andalita.

Además, si cumplía mis objetivos, prefería que mis padres me reconocieran nada más verme.

Así que empecé la metamorfosis. Tenía miedo, mi única esperanza era Tobías. ¡Ojalá me pudiera avisar a tiempo en caso de peligro!

Aunque me encantaba ser pájaro, fue maravilloso volver a sentir mi cola. Sin ella, un andalita está perdido.

Y a pesar de la intensidad de su mirada, los aguiluchos sólo tienen la

posibilidad de mirar en una única dirección a la vez, así que cuando mis antenas oculares empezaron a formarse, respiré aliviado porque de nuevo era capaz de controlar diferentes puntos al mismo tiempo.

No localicé ningún ordenador en aquella sala. Me dio mucha rabia porque me vería obligado a volver a la sala principal del observatorio y utilizar el ordenador que había allí.

Mis pezuñas patinaron en el suelo encerado y mis ojos rápidamente examinaron la zona para asegurarse de que no había nadie cerca.

Aparté la silla situada delante de la

terminal y empecé a teclear en el primitivo teclado. La pantalla me pedía una contraseña.

<¿Contraseña?>, me reí. Desactivé el sistema de seguridad y comprobé que, efectivamente, habían instalado el nuevo *software* del padre de Marco.

Estupendo, así sería todo más fácil.

Tan rápido como pude, introduje un virus que de inmediato transformaría el *software* que controlaba el radiotelescopio.

Como los humanos no conocían el espacio cero, no podían saber que un receptor de radio con potencia suficiente se podía sintonizar de tal forma que

crease un vacío en el espacio cero y abriera un túnel de acceso a otra dimensión.

Una vez conseguido, fue pan comido usar los mismos receptores para modular y reflejar la radiación de fondo en una señal coherente. La parte más difícil sería utilizar la telepatía para controlar la señal, la concentración debía ser absoluta.

<...aquí fuera>, informó Tobías.

Esperaba que las palabras que no me habían llegado fuesen «Todo bien».

Me llevó unos diez minutos terrícolas ajustar el radiotelescopio. En tan sólo diez minutos acababa de hacer

avanzar la ciencia humana al menos un siglo.

Diez minutos habían bastado para quebrantar las leyes andalitas.

Por fin concluí. El sistema estaba listo. Pulsé la tecla «enter» y miles de líneas de lenguaje informático desaparecieron de la pantalla del ordenador, que se quedó completamente negra.

Utilicé todo mi poder de concentración. Pensé en la señal coherente, la imaginé surgiendo de mi cabeza.

<Planeta andalita —pensaba—, planeta andalita.>

La pantalla parpadeó y... apareció un rostro. Era un semblante duro y desconfiado pero, sin duda, se trataba de un andalita.

<Identifícate —exigió el andalita—. Éste es un enlace de alta seguridad y tú no eres un emisor autorizado. Nombre y localización.>

<Me llamo Aximili-Esgarrouth-Isthill, hermano de Elfangor-Sirinial-Shamtul, hijo de Noorlin-Sirinal-Cooraf y de Forlay-Esgarrouth-Maheen.>

El andalita me observó fijamente.

<¿El hermano de Elfangor —preguntó desconcertado—. ¿Dónde te encuentras?>

<Estoy en el planeta llamado  
Tierra.>

# 15

<¡En el planeta Tierra!>

<Exacto.>

<¿El príncipe Elfangor se encuentra contigo?>

Durante unos segundos mi concentración flaqueó y perdí la señal.

Tuve que obligarme a recuperar la concentración, aquello era demasiado importante como para dejarme llevar por mis sentimientos.

<¿Con quién hablo?>, pregunté.

<Soy Ithileran-Halas-Corain — respondió sorprendido por la pregunta —, subdirector de Comunicaciones

Planetarias.>

<Gracias. Ithileran, la vida de mi hermano... acabó —informé—. La nave cúpula fue destruida y yo fui el único superviviente.>

Me percaté de que la noticia le había pillado desprevenido. Ithileran bajó la mirada y las antenas en un gesto de pesadumbre.

<Tu hermano fue un gran guerrero y lamento también la muerte de los otros guerreros a bordo de la nave cúpula.>

<Elfangor fue el más grande —aseguré—. Mi familia no sabe que ha muerto. Me gustaría que me conectaras con ellos. La conexión podría quedar

interrumpida en cualquier momento.>

<No te preocupes, en cuanto localice a tu familia, os pondré en contacto. Pero antes infórmame de la situación.>

Rápidamente intenté ordenar mis pensamientos.

<Los yeerks operan aquí. Cuentan con, al menos, una nave nodriza, una nave-espada que pertenece a Visser Tres y numerosos cazas-insecto. Los humanos desconocen la invasión y no podría asegurar cuántos humanos han sido ya convertidos en controladores, pero calculo que debe de haber miles.>

Respiré profundamente, me costaba mantener la concentración. Me

preguntaba hasta dónde le contaría a Ithileran.

<Entonces, ¿la Tierra ha sido conquistada por los yeerks?>

<¡No! —exclamé sin vacilar—. No todo está perdido aún. Se ha formado una pequeña resistencia constituida por un puñado de humanos, jóvenes... *arisths*, como yo. Así que luchó en su bando.>

<Pero, ¿qué probabilidades tenéis de vencer?>

<Bueno, les hemos causado mucho perjuicio a los yeerks —continué—. Para empezar conseguimos destruir la Kandrona instalada en este planeta.>

Aquello llamó poderosamente su atención.

<¿Que habéis destruido una Kandrona yeerk? Pero ¿cómo es posible que tú y un puñado de humanos jóvenes hicierais eso?>

Había llegado el momento. Debía confesar la verdad o mentir.

<Los humanos... los humanos han adquirido la capacidad de transformarse —confesé—. Visser Tres está convencido de que se trata de un pequeño grupo de andalitas que lograron sobrevivir. En la Tierra existen muchos animales extraños y, gracias a la tecnología de las mutaciones, nos

transformamos en ellos para atacar a los yeerks.>

<¿Humanos que se transforman? ¿Cómo han descubierto los humanos esa tecnología?>

<No la descubrieron. Alguien se la otorgó, Elfangor.>

Ithileran parecía desconcertado. Dirigió la vista hacia un lado y luego desapareció bruscamente de la pantalla. En su lugar apareció otro andalita.

Me quedé perplejo. Reconocí aquel rostro al instante.

Era muy viejo y, sin embargo, su fuerza parecía vibrar a través de la pantalla y de todos los años luz que

separan la Tierra de mi planeta.

Lirem-Arrepoth-Terrous, director del Consejo y veterano de muchas batallas. Su sola aparición sería más que suficiente para hacerme perder la concentración, pero sentía demasiado respeto como para atreverme siquiera.

<¿Sabes quién soy?>

<Sí, sí, um... Sí, sí te conozco. Bueno no es que te conozca, pero sé quién eres.>

<Lamento terriblemente la pérdida de tu hermano y de toda la tripulación — dijo ignorando mi turbación—. Dime una cosa: ¿Elfangor quebrantó nuestras leyes e hizo partícipes de nuestra

tecnología a los humanos?>

<Bueno... sí, los humanos se encontraban indefensos. Nuestra fuerza había sido destruida. Nada parecía poder detener la invasión yeerk del planeta. Necesitaban un arma con la que defenderse.>

Lirem me miró a los ojos con una mirada que, según se dice, hace temblar incluso a nuestros grandes príncipes.

<Y ¿cómo has logrado ponerte en contacto con nosotros? Esta transmisión se realiza en espacio cero.>

<Yo... yo... yo... hice algunos cambios en un aparato humano muy primitivo.>

<Entonces, también has quebrantado la ley al transferir nuestra tecnología a los humanos.>

<¡Los humanos no son nuestros enemigos! —protesté. Me sorprendí a mí mismo al ver que había levantado el tono—. No les quedan muchas posibilidades. Los únicos en todo el planeta que ofrecen resistencia a los yeerks son ese pequeño grupo de humanos. Ellos constituyen su última oportunidad y Elfangor lo sabía. Mi hermano hizo lo que creía correcto.>

Para mi sorpresa, Lirem no me mandó guardar silencio. Sus ojos se tornaron más oscuros y su expresión se

ensombreció.

<*Aristh* Aximili, una vez un andalita hizo lo que creía correcto y le entregó nuestra tecnología a una especie débil y atrasada. Lo hizo porque pensó que debían tener la oportunidad de viajar a las estrellas. ¿Sabes el nombre de ese Príncipe?>

<El príncipe Seerow>, contesté.

<En efecto, el príncipe Seerow. Él fue mi primer Príncipe. ¿Lo sabías? Sí, hace muchos siglos cuando yo era un *aristh* como tú —Lirem me miró con dureza—. ¿Sabes lo que ocurrió por culpa de la bondad de Seerow?>

<Sí —repuse cortante—, lo sé. He

sido testigo de sus consecuencias.>

Durante un momento los dos guardamos silencio. Luego, Lirem añadió:

<Joven Aximili, tu hermano Elfangor es un héroe. Nuestro pueblo necesita héroes en esta guerra sin fin. No deseo comunicarles que, al final, Elfangor quebrantó la ley. Quizá no haya perdón para un Príncipe que quebranta la ley, aunque no ocurre lo mismo con un *aristh*. Así que te voy a repetir la pregunta y quiero que medites la respuesta: ¿es verdad que fue Elfangor quien entregó esa tecnología a los humanos?>

No podía creer lo que estaba oyendo. Lirem no quería saber la verdad, prefería que yo mintiera para salvar el honor de Elfangor.

<Me... me equivoqué cuando dije que Elfangor lo había hecho —respondí. Estaba demasiado perplejo como para discutir—. En realidad... en realidad, fui yo. Yo les proporcioné el poder de transformación a los humanos.>

<Lejos de tu hermano —continuó Lirem—, solo, sin el entrenamiento y la formación necesarios como guerrero, quebrantaste las leyes, *aristh* Aximili. ¿No es así?>

<Sí>, susurré amargamente.

<En el nombre del Consejo, yo te perdono por tu error —agregó Lirem—. Lo hecho, hecho está. Tal vez... de alguna manera que yo ya no veré, todo esto sirva para algo.>

<Sí>, repuse sin comprender. ¿Por qué se me habría ocurrido hacer aquello? ¿Por qué me había puesto en contacto con los míos?

<*Aristh* Aximili-Esgarrouth-Isthill, ha sido un acto de valentía por tu parte asumir esa culpa. Conozco la tentación de quebrantar la ley a la hora de ayudar a la gente valiente a derrotar a los yeerks. Yo era consejero de los hork-bajir, por entonces nuestros aliados,

pero no eran andalitas, no eran de los nuestros.>

<Pero... —sabía que debía permanecer en silencio pero una parte de mí se rebelaba—. Pero, al final, los hork-bajir terminaron por perderlo todo.>

<Tú eres un andalita —la mirada de Lirem me congeló la sangre—. Tú no eres humano. Obedece nuestras leyes. Escucha bien mis órdenes: lucha contra los yeerks pero no proporciones a los humanos información ni tecnología. ¿Has comprendido las órdenes, *aristh* Aximili?>

<Sí.>

<La flota está luchando en otras partes de la galaxia. Las cosas no van demasiado mal en la guerra contra los yeerks, pero tardaremos un tiempo antes de poder regresar a la Tierra. Lucha contra los yeerks, si eres la mitad de valiente de lo que era tu hermano, honrarás a tu familia.>

Desde algún lugar remoto, me llegó un leve murmullo.

<Ax... lárgate... un tipo... Creo que...>

Pero en ese preciso instante Lirem dijo:

<Aximili, tenemos aquí a tu padre. Quiere hablar contigo.>

# 16

<Ax... ¿me oyes?... hay...>

<Aximili-kala>, me dijo mi padre. Me resultaba imposible estar viendo a mi padre.

<Sí, padre. Soy yo. Soy yo, Aximili. Estoy en la Tierra. No dispongo de mucho tiempo.>

<¿Está tu hermano ahí?>

La pregunta que tanto temía había llegado demasiado pronto. Estuve a punto de perder el contacto. Había soñado tantas veces con ese momento, había deseado tanto ver el rostro de mi padre y escuchar sus palabras, y cuando

lo había conseguido, me veía incapaz de decirle que su hijo mayor se había ido para siempre, como tampoco le diría otras cosas que me quemaban por dentro.

<Elfangor —continuó mi padre—, ¿está...?>

<Padre, Elfangor está... Mi hermano fue asesinado.>

Fue un duro golpe para mi padre, incluso se balanceó. Como si alguien le hubiera asestado un puñetazo.

Yo aparté la mirada. Durante todo ese tiempo había hecho un gran esfuerzo por ignorar la muerte de mi hermano. Pero en aquel momento se me aparecía

real. Al ver el sufrimiento y el dolor de mi padre, empecé a experimentar de repente todo el dolor que me había negado a admitir hasta entonces.

<¿Murió bien?>, me preguntó mi padre. La pregunta forma parte del ritual de la muerte y por eso se veía obligado a hacerla.

<Murió al servicio de su pueblo y de la libertad>, repuse. Esto también formaba parte del ritual de la muerte.

Mi padre asintió y añadió:

<¿Se ha vengado su muerte?>

Habíamos llegado a la parte que tanto temía.

<No, padre>, contesté.

<Ahora eres mi hijo mayor —mi padre levantó la vista y me miró—. El peso de la venganza descansa sobre ti. ¿Sabes quién lo asesinó?>

<Sí.>

<Entonces, Aximili ¿aceptas la responsabilidad de vengar la muerte de tu hermano?>

<Sí.>

El ritual había finalizado. Los dos pronunciamos las frases que se suponía debíamos pronunciar.

<Siento un gran alivio al comprobar que tú te encuentras bien>, comentó mi padre.

<Yo... quería verte —declaré—,

pero no podía p...>

De repente se interrumpió la conexión y la pantalla se quedó totalmente negra.

—Lo siento pero me estabas partiendo el corazón —se burló una voz humana—. No he tenido más remedio que cortar la transmisión.

Me di media vuelta y a unos nueve metros distinguí a un humano, que me apuntaba con un arma. Pasaron varios segundos hasta que caí en la cuenta de que no era un arma terrícola, sino una pistola de rayos dragón modelo estándar, como las que usan los yeerks.

—Tú y yo tenemos mucho de qué

hablar, Andalita. Mucho.

—Estaba paralizado. Era incapaz de reaccionar; el humano se encontraba demasiado lejos y resultaba imposible atacarle con la cola.

—Ni se te ocurra, andalita —ordenó el humano con tono despreciativo—. Antes siquiera de que intentaras menear esa cola, te dejaría frito.

Pero en ese preciso instante...

¡Tseeeeeeeeeerrr!, Tobías se lanzó desde lo alto de la cúpula a toda velocidad, con las alas pegadas al cuerpo y las garras extendidas hacia delante, directo al rostro del hombre.

El hombre levantó un brazo para

protegerse y Tobías se ensañó con él. Le clavó las garras y le dejó unas profundas marcas.

Sin embargo el hombre no soltó la pistola. Tobías se alejó de él volando, de sus garras colgaban jirones de la camisa del humano.

Aproveché para avanzar unos pasos, pero era demasiado tarde.

—¡Alto! ¡No quiero mataros a ninguno de los dos, andalitas, pero lo haré si no tengo más remedio! —espetó el hombre.

Tobías fue a posarse en el enorme telescopio.

—Sólo quiero hablar —anunció el

controlador humano.

<¿Y por qué nos apuntas con tu arma?>, objeté.

Entonces hizo algo que me dejó atónito. Se arrodilló, depositó el arma en el suelo y la apartó a un lado de una patada. La pistola rodó casi sin tocar el suelo encerado de la sala.

—Ahora estoy a tu merced, andalita —dijo—. Puedes elegir entre atacarme con tu cola o escuchar lo que tengo que decir.

Giré los ojos de las antenas y miré hacia arriba buscando el consentimiento de mi amigo.

<Tú decides, Ax —contestó Tobías

—. Tú te has metido en esto.>

<Adelante, habla>, ordené al controlador humano.

—Me llamo Gary Kozlar —se presentó.

<Venga, no me hagas perder el tiempo —le interrumpí bruscamente. Intentaba dar una imagen de seguridad y fortaleza—. Ése es el nombre de un humano, el de tu portador para ser más exactos. Sé muy bien qué eres.>

—De acuerdo —asintió—. Me llamo Eslin Tres Cinco Nueve, y tú eres Aximili, un joven guerrero cadete andalita, hermano de la bestia Elfangor. Sólo he podido oír los últimos minutos

de tu conmovedora conversación.

<¿Bestia Elfangor? ¿Así es como llamáis a mi hermano?>

—Tu hermano está muerto —espetó Eslin—, como también lo está la única criatura de toda la galaxia por la que yo sentía afecto. Se llamaba Derane Tres Cuatro Cuatro.

»¿Sabes qué tenían en común tu hermano y mi querida Derane?

<No, ¿qué podían tener en común mi hermano y un yeerk?>

—Los dos fueron asesinados por el mismo monstruo —el rostro humano de Eslin adoptó una expresión de cólera.

<¿Visser Tres?>

—Como ya he dicho, tú y yo tenemos mucho en común, andalita — hacía esfuerzos sobrehumanos para dominar su furia, pero su mandíbula temblaba mientras seguía hablando—. Vosotros, guerreros andalitas, causasteis mucho daño al destruir la kandrona. El hambre se ha generalizado. Los yeerks más importantes, los que ocupan los puestos más altos, y aquellos a los que Visser trata de favorecer, son trasladados cada tres días a la nave nodriza y después traídos de vuelta a la Tierra. Allí se les administra una dosis mínima de rayos kandrona, la suficiente para sobrevivir otros tres días.

<¿Pretendes darme lástima?>, me burlé.

—No, sólo esperaba la hipocresía y prepotencia que os caracteriza —replicó el hombre—. Los andalitas no sois más que unos intrusos.

<No hagas que pierda la paciencia, yeerk. Cuando dije que te escucharía no me refería a toda esa sarta de mentiras yeerks.>

—Sabía que vendrías —prosiguió con una sonrisa malévola—. En cuanto vi el nuevo *software* me dije a mí mismo: «¡Ajá!, ¿qué tenemos aquí? Esto no es el resultado del torpe esfuerzo humano». Tenía que ser obra de un

andalita que pretendiera usar el radiotelescopio como transmisor de espacio cero. Te esperaba. Sabía que vendrías.

<Pues aquí me tienes>, repliqué. Me sentía un perfecto estúpido. Era lógico que los yeerks infiltraran a uno de los suyos en el observatorio. ¡Qué ingenuo había sido!

—Mi querida Derane... Procedíamos del mismo estanque, nos habíamos entrenado a la vez... Llevábamos tanto tiempo juntos. Éramos muy buenos amigos. Ella me entendía. Pero yo ocupaba un puesto muy importante en el observatorio, mientras

que ella desempeñaba un cargo inferior. Cuando vosotros, los andalitas, destruisteis la kandrona del planeta Tierra, Visser Tres actuó con rapidez. Proclamó que todo el mundo sobreviviría, que había encontrado una solución, pero era mentira. La pequeña reserva de rayos kandrona era insuficiente para todos. Era cuestión de elegir. Así que trasladó a los controladores más importantes hasta la nave nodriza y el resto...

Me dio la sensación de que Eslin notó por primera vez los cortes de su brazo. Se pasó la mano por ellos con suavidad.

—Los andalitas —prosiguió— debéis de amar este planeta, lleno de horribles especies en las que os podéis transformar.

<¿Fue tu amiga Derane uno de los sacrificados?>

—Ella era prescindible —respondió y luego sonrió—. Pero mi venganza ya ha comenzado. Los elegidos por Visser son enviados a la nave nodriza cada tres días para nutrirse. Así que saboté una de las lanzaderas que los transportaban y así interrumpí su programa alimenticio, con lo cual algunos de los amiguitos de Visser agonizan de hambre hasta morir. Como mi querida Derane.

<Por eso hemos visto varios controladores fuera de control —me comunicó Tobías en privado—. Y por eso también hemos tardado tanto en ver las consecuencias. Visser Tres lo tenía todo controlado hasta que ese tipo se metió por medio.>

<¿Has terminado ya, Eslin? —le pregunté—. Ya he oído tu historia y ahora dime: ¿qué es lo que pretendes en realidad?>

—¿Quieres saberlo? La clave todo está en que Visser Tres habita un cuerpo andalita y a veces se alimenta como tal.

<¿Y eso qué significa?>, me preguntó Tobías.

—Es decir —continuó el hombre—, sin nadie alrededor. Lo acompañan siempre unos guardias, claro, pero se mantienen bastante alejados. ¿No lo entiendes? Es vulnerable, vulnerable. Y yo sé dónde suele alimentarse.

<¿Por qué me cuentas todo esto, yeerk?>

—¿Por qué? —apretó los dientes en una mueca de furia—. Porque mi único deseo es verlo muerto. ¡Quiero que Visser Tres muera! Él fue el causante de que Derane muriera. Él fue quien mató a quien yo más quería. Él es el responsable y quiero que pague con su vida lo que hizo. Quiero a esa escoria

con cuerpo de andalita muerto.  
¡MUERTO!

Consiguió calmarse un poco, y después extrajo de su bolsillo un trozo de papel que depositó encima de la mesa.

—Hora y lugar —informó, y escribió las instrucciones precisas—. Tenéis un día para prepararos.

<Podría ser una trampa.>

—Si os hubiera querido matar, ya lo habría hecho —murmuró con desprecio—. Tú tienes una obligación que cumplir, andalita. Tienes que vengar la muerte de tu hermano y matar a su asesino, vuestro gran enemigo. Es tu

responsabilidad ejecutarlo y yo sé que vosotros, los andalitas, siempre cumplís con vuestro deber, así que hazlo.

Cuando adoptar forma humana resulta muy difícil recordar que no eres uno de ellos, y que su dolor no es el tuyo. Es muy duro permanecer al margen y hay veces en las que es casi imposible.

**Extraído del diario  
terrácola de Aximili-  
Esgarrouth-Isthill**

Esa misma tarde, el príncipe Jake nos

convocó a todos a una reunión en el granero de Cassie.

Lo primero que pensé fue que Tobías les había contado lo de mi visita al observatorio. Claro que él ignoraba que yo me había puesto en contacto con mi planeta, pero sí sabía el plan de Eslin para matar a Visser Tres.

Al granero de Cassie también lo llaman Clínica de Rehabilitación de la Fauna Salvaje. Ella y su padre lo usan para cobijar a animales salvajes enfermos o heridos. Siempre hay docenas de animales enjaulados, desde mofetas, zorros, mapaches hasta todo tipo de pájaros, y la mayoría llevan

alguna venda.

Me resultaba muy extraña la relación que los humanos establecen con los otros animales de la Tierra. Parecen sentir mucho cariño por algunos, mientras que a otros los odian. Creo que tiene que ver con un concepto que llama «belleza» y que yo nunca he comprendido.

No era tan estúpido como para pensar que podría enfrentarme a Visser Tres y sobrevivir. Quizá, si lo planeaba bien y la suerte me acompañaba, podría acabar con él, pero jamás viviría para contarlo.

Tal vez ése era mi destino.

Lirem me había perdonado por haber quebrantado la ley, pero ya nunca podría ser un guerrero y menos aún un héroe. Jamás seré otro Elfangor. A él se le recordará siempre como el gran héroe y a mí como a su torpe hermano pequeño que entregó a los humanos el secreto de la metamorfosis.

Me había transformado en humano para acudir al granero. Lo hacía por precaución, por si los padres de Cassie les daba por entrar.

En cuanto empecé a notar los cambios, me sentí mal. Cuando la piel humana sustituyó mi pelaje y aparecieron los ojos humanos, me vino a

la memoria la imagen de Lirem mientras me explicaba que él había sido consejero de los hork-bajir.

Los hork-bajir habían sido derrotados y los yeerks finalmente los habían esclavizado. Pero Lirem se había mantenido firme a las leyes y tradiciones andalitas.

¿Y si no lo hubiera hecho? ¿Qué habría ocurrido si les hubiera enseñado a los hork-bajir nuestra tecnología más avanzada y les hubiera dado las claves para construir naves espaciales? ¿Serían los hork-bajir un pueblo libre hoy en día?

No era asunto mío, al fin y al cabo

yo sólo era un *aristh* y nunca llegaría a ser nada más. Al menos si lograba destruir a Visser, la gente diría: <Era tonto, pero al final supo morir bien.>

Sin embargo, no era un gran consuelo.

Cuando llegué al granero, los otros ya me estaban esperando. El príncipe Jake estaba sentado sobre un fardo de heno. Marco, con los brazos cruzados, descansaba apoyado sobre uno de los establos. Cassie, para variar, estaba haciendo algo. Esta vez le daba de comer a una cría de ganso con un cuentagotas. Rachel paseaba arriba y abajo y al verme contrajo sus lindos

ojos.

Allí estaba también Tobías. Se había posado como siempre en uno de los travesaños del techo. Intercambiamos una mirada, la suya intensa y penetrante, típica de los ratoneros. Entonces observé que de una de sus garras colgaba un trocito de tela manchada de sangre, cuya procedencia conocía de sobra. Acababa de averiguar la razón de la reunión.

—Hola, Ax —saludó el príncipe Jake— ¿qué tal?

—Bien —respondí.

—Pensé que debíamos reunirnos —informó el Príncipe, un poco cansado.

Parecía evitar mirarme a los ojos—. Tenemos que reflexionar sobre lo que ha pasado últimamente. Primero, el tipo ese del centro comercial. Luego el señor Pardue, y en el periódico, esta mañana, contaban que a un hombre de negocios, le había dado una especie de ataque cuando estaba en una reunión y se había vuelto loco. Estoy convencido de que se trataba de otro controlador.

Entonces me miró, pero yo permanecía en silencio.

—Escucha, Ax —intervino Marco de repente—, estamos hartos de que nos des siempre largas. Aparece Tobías con un trozo de tela manchada de sangre

colgando de la garra. Le pregunto qué es y se niega a contestar. ¿Por qué Tobías no iba a hacerlo? Muy sencillo, porque le ha prometido a alguien que no lo contaría. A ver, ¿quién puede ser?

Era inútil seguir ocultándolo por más tiempo.

—Sí, yo obligué a Tobías a que me lo prometiera. Es culpa mía.

—O sea, ¡no sólo no compartes tus secretos con nosotros, sino que además nos obligas a que tengamos secretos entre nosotros mismos! —gritó Rachel—. A ver si te enteras de una vez por todas, Ax. No somos marionetas, ¿me oyes? No somos tus soldados de juguete.

Éste es nuestro planeta y ésta es nuestra lucha. No te creas que puedes controlarnos sólo porque seas un «poderoso» andalita.

—Yo no intento controlar a nadie — me defendí.

—Ya —se burló Rachel—. La información parece viajar en una sola dirección. Nosotros te contamos todo y tú no sueltas prenda. Oh, sí, a veces dices algo, pero nunca nada útil.

—Dijiste que ya sabías que los yeerks se desharían de todo controlador que se rebelara contra ellos —presionó Marco—. ¿Cómo lo sabías? ¿Es que ya ha ocurrido eso antes, en algún otro

planeta?

—Te hemos mostrado nuestro mundo —prosiguió Rachel—, te hemos acogido, te hemos presentado a nuestras familias, lees nuestros libros y hasta has ido al colegio con nosotros. Y todo ¿para qué? ¿Para que sigas sin confiar en nosotros?

Aquellas palabras me atravesaron como balas. Mis amigos tenían razón, pero yo tenía que acatar las leyes de mi pueblo.

—Somos una raza inferior, ¿verdad? —añadió Marco—. Es eso, ¿no? No somos lo bastante buenos, tan sólo somos unos pobres humanos primitivos

y por eso no merecemos ser tratados como iguales.

—Eso no es cierto —contesté.

—¡Sí que lo es! —vociferó Marco—. Para ti tan sólo somos un puñado de cavernícolas. Así es como nos ves, ¿verdad?

Tal vez si no hubiera estado transformado, habría reaccionado mejor, pero la adrenalina inundaba mi cuerpo humano y me recorría una sensación de gran frustración. Tenía miedo y me sentía culpable.

—¡No puedo contestar a vuestras preguntas! —grité—. ¡No puedo!

—Mejor di que no quieres —replicó

Marco alzando la voz—. Rachel tiene toda la razón. Sólo somos los peones de un gran juego. Está claro que la lucha es entre andalitas y yeerks, y nosotros ¿qué somos? ¿Los chicos que llevan las toallas?

—Escuchad... escuchad... Tengo que cumplir las leyes.

—¿Ah, sí? —preguntó Cassie. Era su primera intervención. Su voz sonaba suave y razonable—. ¿Cumplió Elfangor la ley cuando nos otorgó el poder de la transformación?

—¡Yo no soy Elfangor! —grité—. ¿Es que no lo veis? No soy ningún gran héroe. Sólo soy un joven andalita, ¿de

acuerdo? ¿Queréis saber parte de la verdad? Ahí va: no soy un guerrero. Soy un *aristh*, un aprendiz de guerrero, un cadete. Un don nadie.

—Ya, ya —se burló Marco—. Qué conmovedor. Queremos la verdad, Ax. ¿Qué estabais haciendo Tobías y tú? ¿Por qué le has obligado a guardar silencio? ¿Qué está pasando?

—No os lo puedo contar —repuse en un susurro—. En mi planeta hay una ley que prohíbe compartir nuestra tecnología con los alienígenas... quiero decir, con todo aquel que no sea andalita. Y esa misma ley prohíbe explicar el por qué. Orqué, qué.

—Estoy harta de... —Rachel comenzó a levantarme la voz otra vez, pero el príncipe Jake se puso en pie y la sujetó del brazo. Vi cómo intercambiaba una mirada con Cassie y ésta asentía.

—Entiendo que no puedas revelarnos secretos sobre vuestra tecnología —observó el príncipe Jake—, pero ¿a qué vienen los otros secretos? ¿Por qué no podías contarnos que tú sabías lo que los yeerks iba a hacer? Que no quieras hablas de vuestras mega-armas, lo comprendo. Pero ¿negarte a decirnos qué pintamos nosotros en medio de esta batalla que los andalitas mantenéis contra los

yeerks? ¿Por qué?

—Porque así nos controla —  
contestó Marco.

—Sí, sin duda, es una cuestión de  
poder —corroboró Rachel.

—No —añadió Cassie, que me  
miraba de forma extraña—, eso no es  
verdad. No tiene nada que ver con el  
poder. Sino con la culpa, con la  
vergüenza, ¿no es así? Eso es lo que  
dijiste la otra noche, ¿lo recuerdas? Sí,  
dijiste que todas las especies deben  
cargar con su culpa.

—¿Culpa? ¿Vergüenza? —preguntó  
Marco, mirando a Cassie como si  
hubiera perdido el juicio.

—¿Qué habéis hecho para sentirnos avergonzados? —preguntó el príncipe Jake.

—Una vez fuimos amables cuando no teníamos que haberlo sido —respondí.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —preguntó Jake.

Dije que sí con la cabeza, como hacen los humanos.

—No es suficiente, Ax —añadió el príncipe Jake con tristeza—. Si estás en nuestro bando, tienes que ser sincero con nosotros. De lo contrario... supongo que lo mejor será que vayas por tu cuenta. Odio decir esto, pero no puedes

ser uno de nosotros si nos mientes.

—Lo entiendo —repuse—. Habéis sido... —de nuevo sentí ese extraño obstáculo en la garganta—. Habéis sido muy buenos conmigo y siempre os estaré agradecido. Buenos. Agradecido, ido. Aunque la verdad es que... la verdad es que, de cualquier manera, tampoco habríamos estado juntos mucho más tiempo.

Alcé la vista y miré a Tobías. Sólo él comprendía lo que había querido decir.

Muy despacio, como si mis torpes piernas de humano se hubieran convertido en un metal terrestre muy

pesado llamado plomo, me di media  
vuelta y me fui.

«No siempre consigues lo que te propones, pero a veces, si lo intentas, quizás acabes encontrándolo». Palabras textuales de un humano famoso llamado Rolling Stones. Me parecieron palabras muy sabias para haber sido dichas por un humano.

**Extraído del diario  
terricola de Aximili-  
Esgarrouth-Isthill**

El ritual de las mañanas se realiza en época normal. Pero la mañana siguiente era muy especial, era el día de mi muerte.

<Soy el sirviente de mi pueblo>, recité inclinando la cabeza.

¡Mi pueblo!, que estaba a miles y miles de kilómetros.

<Obedezco a mi Príncipe>, proclamé y alcé la vista al cielo.

¿Mi Príncipe? Elfangor había sido mi Príncipe y estaba muerto. Un humano, Jake, era ahora mi Príncipe y me había echado de su lado por no contarle la verdad.

Todo el ritual era una mentira.

<Sirvo al honor>, continué y levanté mi rostro al sol naciente.

Honor. Morir por vengar a mi hermano. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y noté que mis entrañas se removían. Era miedo. Sabía lo que era el miedo porque lo había sentido en muchas batallas. Pero jamás había participado en una de la que era consciente que jamás saldría con vida.

Aquello no tenía nada que ver con el honor; era correr a los brazos de la muerte.

<Mi vida no me pertenece cuando mi pueblo la necesita.>

¿No podía pedir ayuda a mis

amigos? ¿Por qué no buscar al príncipe Jake y contárselo? No, no podía hacer eso porque entonces tendría que confesar también todo lo demás, incluido lo de la conexión con mi casa.

Estaba llegando a la última parte del ritual.

<Mi vida.. es puerta al servicio de mi pueblo, de mi Príncipe y del honor.>

Arqueé la cola y acerqué la punta afilada al cuello. Era el símbolo de autosacrificio. Mi respiración era agitada, como si hubiera estado corriendo, y mis corazones latían muy deprisa.

<Hoy ha sido diferente —era Tobías

—. No es el mismo ritual del otro día. Esta vez no te has metido en el agua.>

<Sí, ha sido diferente>, murmuré. Me molestaba que Tobías hubiese estado espiándome.

<Sigues dispuesto a hacerlo, ¿verdad?>

No respondí. En realidad, me resultaba imposible hablar de ello. Estaba aterrorizado. Sólo podía acabar con Visser si le pillaba por sorpresa, pero la horrible bestia tenía el cuerpo de un andalita adulto, de un macho totalmente formado y contaba con la ventaja de su experiencia. Además, estaría protegido por sus guardias.

Estaba seguro de que habría un horkbajir por los alrededores.

<Qué sangre fría, ¿no? —comentó Tobías—. Quiero decir que prepararse para luchar es una cosa, pero prepararse para asesinar a alguien...>

<¿Asesinar? —grité—. ¡Él mató a mi hermano! Ha esclavizado a miles de humanos y no tendrá ningún reparo en aniquilaros. Los terrícolas acabaréis convertidos en simples portadores.>

<No te ofendas, no te estaba criticando. Mírame a mí, soy un depredador. Pero ¿por qué no pides ayuda? Dime dónde se celebrará el encuentro. Los otros te ayudarían, ya lo

sabes.>

<No puedo, no puedo pedir ayuda. Jake es mi Príncipe ahora... o lo era... Me lo podría prohibir.>

<Espera un momento. ¿Quieres decir que si Jake te ordena que no lo hagas, tú no lo podrías hacer? Y ¿qué pasaría si te exigiera que contestaras todas sus preguntas? ¿Qué harías entonces?>

<Todo el mundo necesita obedecer a un superior. Es una costumbre andalita. Cada guerrero tiene un Príncipe y cada Príncipe un Príncipe guerrero. Cada Príncipe guerrero tiene un líder y los líderes deben ser elegidos por el pueblo. Todos los andalitas, no importa

el cargo que ocupen, obedecen la ley. Así que él no podría exigirme que yo quebrantara las leyes.>

<Si Jake es tu Príncipe, supongo que también lo es el mío, en cierta manera. Aunque ya sabes que él no opina lo mismo.>

<Sí. Ya me he dado cuenta.>

<¿Y no tienes la obligación de poner en conocimiento de tu Príncipe lo que pretendes hacer?>

<Sí. Pero supongo que no se me da muy bien eso de ser un guerrero fiel — respondí con amargura—. La verdad es que no se me da bien casi nada.>

<Eso no es cierto, Ax>, replicó

Tobías.

<Tobías, debo cumplir con mi cometido. Tú prometiste guardarme el secreto. ¿Vas a romper tu promesa?>

Tobías guardó silencio durante unos minutos y después contestó:

<No, no se lo diré a nadie.>

<¿Me vas a seguir?>

<No, no te seguiré>, me prometió.

<Después... en caso de que no regresara, díles a los otros que... que siento no haberles contado todo lo que sabía. Pero que tenía mis razones.>

<Claro, no te preocupes —replicó Tobías con amargura—. En fin, buena suerte, Ax-man.>

Entonces eché a correr y no paré ni un minuto para descansar. Había unos tres kilómetros hasta el sitio secreto donde encontraría a Visser Tres. Hubiera corrido todo el día, sin detenerme jamás. Trataba de huir de mi propio miedo, y la única manera de hacerlo era ir directo hacia el peligro, sin desviarme.

Es lo que Elfangor hubiera hecho, Elfangor, el gran héroe. Elfangor sobreviviría en la memoria de todos como el perfecto guerrero, el distinguido Príncipe.

Con un poco de suerte, algún día la gente diría de mí: <Ah, sí, Aximili

quebrantó la ley pero acabó con Visser Tres, la abominación andalita.> Por lo menos aquella acción me haría ganar puntos. La gente diría que al final tuve una muerte digna. Otros comentarían: <¿Qué otra alternativa le quedaba? Había perdido su honor. No fue el valor sino la desesperación lo que le empujó a enfrentarse a Visser.> Pero estaba seguro de que todavía habría gente que diría: <Pobre loco, sólo era un niño que trataba de imitar a su hermano.>

Corrí sin descanso hasta que empezó a dolerme el pecho de respirar aire pesado de la Tierra. Las hojas secas y la pinaza que cubrían el suelo del bosque

crujían bajo mis cascos. Evité de un brinco los troncos podridos y caídos que me salieron al paso, esquivé los matorros de zarzas y sorteé árboles que no hablaban, como los de mi planeta.

Cada vez que me imaginaba enfrentándome cara a cara con Visser, aceleraba mi carrera en un intento por sacudirme el miedo.

Me encontraba ya muy lejos de las casas de los humanos, muy lejos de sus carreteras. Me había adentrado en las profundidades del bosque, del antiguo bosque de sombras y penumbras.

Y entonces encontré lo que buscaba: allí, un poco más adelante, el sol

brillaba sobre la hierba verde. Era una pradera, justo en el lugar descrito en la nota de Eslin.

Me detuve y tomé aire. Me apoyé contra un árbol y traté de recobrar el aliento. Me temblaban las patas por el cansancio y el miedo.

La pradera era preciosa. Qué hierba tan verde, plagada de diminutas flores amarillas y violetas. Me habría encantado probarla.

Me acerqué con mucho sigilo hasta el borde de la pradera, sin abandonar en ningún momento el refugio que me brindaba la sombra de los árboles. No observé nada fuera de lo normal, ni

cazas-insecto ni hork-bajirs ni Visser Tres. Tan sólo la ya conocida fauna terrícola: un par de ciervos paciando, unas ardillas correteando arriba y abajo por los troncos de los árboles y una mofeta paseándose ajena a todo.

Disponía de una hora hasta que apareciese Visser Tres, según me había indicado el yeerk Eslin. Ahora que ante mí se extendía el terreno donde se entablaría la lucha, podría planear mi ataque y prepararme para la batalla.

Observé la pradera. En el centro corría un riachuelo de menos de un metro de ancho y en cuyo lecho la hierba crecía alta.

Debía prever en qué dirección Visser trataría de huir. ¿Iría hacia la derecha o hacia la izquierda? Debía acertar porque sólo dispondría de una única oportunidad. Traté de imaginar hacia dónde escaparía yo, si estuviese en su lugar. Al fin y al cabo, Visser Tres tenía cuerpo de andalita, así que tal vez sus reacciones fuesen iguales a las mías.

Salía a la luz del día. Me encaminé hacia el lugar en el que yo me situaría si fuese él. Me dirigí hacia una de las orillas del río donde la hierba no era tan alta y desde donde sería fácil meterse al río de un salto. Al llegar a ese punto, vi huellas de cascos andalitas. Visser Tres

había estado allí y tal vez no hacía demasiado. Eslin no había mentido, aquél era el sitio.

Ya tan sólo era cuestión de tiempo. Debía ocultarme y estar listo para atacar en el momento adecuado, pero antes debía cambiar de forma, ¿qué mejor que transformarse en serpiente de cascabel? El cuerpo de este reptil es ideal para atacar por sorpresa.

Me concentré en el animal y, casi de inmediato, comencé a notar los cambios. No se parecía en nada a las otras transformaciones que había experimentado antes. Por lo general, mis patas se convertían en otro tipo de patas

y mis brazos adquirirían la forma de otros brazos, aunque fueran aletas. Pero esta vez no había ni brazos ni piernas. Ninguna parte de mi cuerpo, excepto mis ojos y mi cola, encontró reflejo en esta nueva forma.

Mis patas se derritieron sin más, se arrugaron y desaparecieron. Me desplomé contra el suelo como si fuera un muñón.

Mis brazos temblaron y se evaporaron.

De mi interior me llegaban unos chirridos que indicaban que mis huesos se estaban disolviendo. Tan sólo permaneció la espina dorsal.

Estaba encogiendo de tamaño pero, al estar en el suelo, no resultaba tan violento como en otras ocasiones. Las briznas de hierba crecieron y también las flores violetas, pero no se produjo la típica sensación de caída que experimentaba siempre que encogía. En su lugar me asaltó una terrible sensación de debilidad. ¡No tenía brazos ni patas!

Pero sí cola... al menos eso no me faltaba, aunque fuera muy diferente a la mía. La hoja afilada de mi cola se dividió y formó una especie de hilera compuesta de unos anillos superpuestos. Es lo que se llama cola de cascabel.

Mi pelaje desapareció rápidamente

y mi piel desnuda se cubrió de escamas, diminutas placas de una armadura que unidas entre sí formaban un dibujo de color marrón, negro y tostado.

Me creció una boca, una boca enorme en comparación con el tamaño de mi cuerpo. Qué aspecto tan extraño, mi cuerpo era un tubo con un extremo abierto: la boca. Transformarme en ese animal me resultó mucho más extraño que hacerlo en hormiga o pez. Me había convertido en una criatura sin extremidades.

Los ojos de mis antenas dejaron de ver y de mi boca brotó una gran lengua bífida, asombrosamente larga y de

rápidos movimientos. No era como las lenguas de los humanos. El sentido del gusto de esa lengua iba mucho más allá del que había experimentado como humano. Esa lengua podía degustar el aire mismo.

Y entonces apareció lo que yo tanto había esperado: los colmillos. Eran enormes, largos y curvados, cada uno de ellos compuesto por agujas diminutas y huecas. Por encima de los colmillos me crecieron unas glándulas que contenían veneno lleno de toxinas.

Luego percibí la mente del animal. No era una mente inquieta, ni tan siquiera dominada por el hambre o el

miedo. Era un animal tranquilo, de mente relajada y pausada. Sin duda la actitud de un depredador, de un cazador, de un asesino frío y calculador.

¡Los sentidos eran increíbles!

Los ojos, por ejemplo, no tenían párpados y los colores que veían eran muy extraños, pero contaba con un ángulo de visión magnífico.

La lengua que salía al exterior por una ranura que se abría en la parte inferior de la boca, percibió el sabor del aire. La variedad de sensaciones que ésta captaba era innumerable, desde el aroma de la hierba y la tierra, hasta el olor que desprendían los insectos o

cualquier otra criatura viva y de sangre caliente.

Por debajo y hacia la parte posterior de las ventanas de la nariz de la serpiente, se distinguían dos agujeros que servían para medir la temperatura, sobre todo el nivel de calor que despedían las presas.

Sí, era el animal perfecto para atacar a Visser. Jamás se lo esperaría. El cuerpo andalita de Visser era rápido, pero no tanto como el de la serpiente. Lo sabía por experiencia.

Empecé a avanzar, me deslizaba con facilidad entre la hierba, con movimientos sinuosos y en silencio. Me

guiaba por la lengua, sacándola continuamente por la ranura para oler y degustar el terreno.

Mi mente se alternaba con la del reptil. El animal no sentía miedo. No tenía honor que defender, ni amigos por los que preocuparse, ni familia a la que decepcionar. No se atenía a reglas ni tampoco sufría la soledad. La serpiente siempre había estado sola.

Me acomodé entre la hierba y esperé paciente e inmóvil. Iba contando los minutos mentalmente.

De pronto sentí una sacudida. La vibración indicaba que una nave, con toda probabilidad un caza-insecto,

acababa de aterrizar. Luego me llegó una segunda vibración, otro caza-insecto. No se volvieron a repetir, por lo tanto sólo habían aterrizado dos cazas, y no muy lejos de donde yo me encontraba.

Había llegado la hora.

Los yeerks se acercaban. Visser Tres llegaría en cualquier momento.

Tras sepultar mi miedo bajo la calma que reinaba en el cerebro de la serpiente, me preparé para efectuar mi ataque mortal.

Y para morir.

# 19

Percibí el olor a andalita mucho antes de ver aparecer su figura.

Sin embargo, me resultaba imposible captar el olor del verdadero Visser Tres, del yeerk que habitaba aquel cuerpo.

<¡Alejaos! —ordenó Visser Tres. Su comunicación era alta y abierta para que sus soldados lo escucharan con claridad—. ¡Tú, vigila la línea de árboles! ¡Vosotros dos, apostaos en la entrada de la pradera! ¡Disparad contra cualquier cosa que se mueva!>

Su voz resonó en mi cabeza y sentí como si se me revolviere el estómago

que en realidad ya no tenía. Intenté que mi pánico se difuminara en la seguridad y la serenidad del reptil, pero todos mis esfuerzos fueron en vano.

Repasé el plan: atacar, escapar, transformarme y volver a atacar.

Debía transformarme antes de que los guardias de Visser acudieran en su ayuda. Además esperaba que el veneno de la serpiente le afectara de modo que sus movimientos se hicieran más torpes.

Justo en ese momento... percibí un galope. Sí, cuatro pezuñas fuertes golpeaban el suelo de la pradera. Chasquéé la lengua y de inmediato noté su presencia en el aire. Se estaba

aproximando y, tal como había imaginado, se dirigía hacia el río.

Una sombra. ¡Allí estaba! Justo encima de mí. Su sombra me cubría por completo.

Volví a chasquear la lengua y percibí su olor. Mis ojos sin párpados, siempre abiertos, divisaban su vientre en forma de tejado inclinado sobre mi cabeza. Sentía su calor.

Metió una de sus patas en el agua para beber.

No podía perder tiempo, debía actuar antes de que hiciera algún movimiento.

¡T-S-T-S-T-S-T-S-S-S-S-S!

¡Un ruido! ¿Qué era eso?

¡Era yo! ¡Procedía de mí! ¡Era mi cola, mi cola de cascabel! Se había agitado instintivamente para avisarme del peligro.

Visser bajó la cabeza y fijó sus dos ojos principales sobre la serpiente. En su mirada podía leerse el miedo.

Me erguí, mis músculos enroscados se dispararon todos a la vez. Mi cabeza cruzó el aire, mi boca se abrió y dejó al descubierto unos colmillos enormes y listos.

¡SSSSSSS-ZAAAAPPP!, ¡le mordí! Clavé los colmillos hasta el fondo en una de sus patas y le inyecté el veneno.

La bestia pegó un brinco.

Yo aflojé un segundo que él aprovechó para retroceder. Fue rápido pero no más que yo. Volví a atacar, le mordí y le insuflé otra dosis de veneno en el cuerpo. Tenía que acabar con aquel monstruo, con aquella abominación, con el asesino de Elfangor.

Me retiré. En mi boca quedaban todavía restos de mi propio veneno.

Mientras tanto, Visser enarcó la cola y la lanzó contra mí. La hoja afilada de su extremo se clavó en el suelo y yo tan sólo noté la ráfaga de viento provocada por el golpe. El cuerpo de la serpiente era ágil y me escabullí con facilidad.

<¡Transfórmate!>, me ordené.

Visser no había avisado a sus guardias, estaría meditando el paso a dar. Supuse que desconocía lo peligrosa que podía resultar una serpiente de mi especie, y que tampoco se había percatado de que no era una serpiente auténtica. Empezaría a darse cuenta poco a poco.

Yo me deslizaba a toda velocidad por la hierba. Mi cuerpo alargado se retorció y enroscaba, se aflojaba y estiraba sin cesar. Mi cabeza, sin embargo, se mantenía recta, vertical estable, volando a ras de suelo por entre la hierba.

Cuando ya había recorrido unos quince metros de distancia, mis movimientos se hicieron más torpes, ya no me movía a la misma velocidad, los cambios habían empezado a manifestarse. Me crecieron unas patas diminutas que al principio no abultarían más que una colilla. Me salieron también las antenas en la parte ancha de mi cabeza en forma de diamante.

<¡Hay una serpiente! —bramó Visser Tres—. ¡Buscadla y matadla!>

Avancé como pude, debía llegar al borde mismo de la pradera.

De pronto... percibí el calor de un cuerpo. Era un animal de sangre

caliente, ¡justo delante de mí! Saqué mi lengua y capté un aroma que me resultaba familiar. ¡Hork-bajir!

Los hork-bajir son las tropas de choque del imperio yeerk. Antes eran una raza honesta y pacífica que, según Marco, parecen picadoras de carne: brazos y piernas repletos de cuchillas; pies con uñas desgarradoras y una cola lenta pero letal. Todos han terminado siendo controladores, es decir, sometidos y esclavizados por el yeerk que tienen alojado en el cerebro.

Estaba paralizado y no podía moverme. Ya no era una serpiente pero tampoco un andalita todavía. El hork-

bajir se encontraba a un par de metros, demasiado cerca.

<Bueno —pensé—, es el fin.>

Mis antenas crecían imparables y mi cuerpo se iba elevando poco a poco sobre mis patas larguiruchas de andalita. Mi cola también se iba formando.

Vi al hork-bajir y cómo éste me observaba.

No podía hacer nada, iba a morir.

El hork-bajir blandió su brazo derecho, que más bien parecía una guadaña, dispuesto a descargar sobre mí un golpe mortal.

¡BOUM!, el hork-bajir vaciló y su brazo cortó el aire por encima de mi

cabeza.

—

¡GGGGRRRRROOOOOOUUUUUURRRR!

¡Un rugido! Y no precisamente del hork-bajir que, para mi sorpresa, salió despedido por los aires.

Dos metros de peligroso y mortal guerrero hork-bajir dando volteretas en el aire. En su lugar apareció Rachel, pero no la Rachel de pelo rubio y magníficos ojos azules, sino otra con forma de oso pardo.

El oso se hallaba erguido sobre sus patas traseras y su altura sobrepasaba los dos metros del hork-bajir. Sus garras casi podían competir con las cuchillas

de aquella picadora de carne andante y desde luego, sus músculos eran lo bastante fuertes como para levantar a un hork-bajir y hacerlo volar.

—

¡GGGRRRRROOOOOOUUUUUURRRRRR  
—rugió el oso con fuerza.

<¡Me encanta hacer esto!>

<¿Rachel?>, pregunté confuso.

<No —repuso con ese tono que los humanos llaman «sarcasmo»—, soy el oso Yogui. Acaba de una vez, pesado. Tenemos que machacar a unos cuantos yeerks.>

Ya casi había recuperado mi forma andalita. Recorrí la pradera con los ojos

de mis antenas. Visser Tres se encontraba en el centro y dos hork-bajirs se apresuraban a su lado atravesando la pradera a saltos.

Al otro extremo de la pradera, un tercer hork-bajir cubría la zona y, con la pistola de rayos dragón lista para disparar, miraba frenético a todas partes, excepto hacia arriba, desde donde algo casi líquido, algo de color naranja y negro, que hasta ese momento había permanecido agazapado en un árbol, se precipitó sobre él con las zarpas extendidas.

¡El príncipe Jake!

Y un ratonero de cola roja describía

círculos bajos sobrevolando la zona.

<Hay dos hork-bajir vigilando los cazas-insecto —informó Tobías—. Un hork-bajir en... No importa, Cassie y Marco ya están ocupándose de él. Visser Tres y dos hork-bajir siguen en el centro del campo.>

<Venga, Ax —me alentó Rachel—, vamos a intercambiar una palabras con Visser Tres.>

<Yo me encargo de él —le advertí a Rachel—. Tengo una obligación que cumplir.>

<Todo tuyo.>

Tobías descendió hasta casi rozar la hierba y se dispuso a lanzarse contra

Visser Tres.

<Se lo has dicho, Tobías>, le acusé cuando pasó por mi lado.

<Claro, fuiste tú el que me dio la idea. ¿No fuiste tú quien dijo que tenías que obedecer a tu Príncipe? Bueno, pues como Jake también es mi Príncipe y me ordenó que se lo contase todo...>

<Pero, ¿cómo sabías a dónde iba? —le pregunté—. Yo no te lo dije.>

<Por favor... ese controlador, ¿cómo se llamaba? Eslin no-sé-qué. Lo escribió en un papel, Ax-man. Olvidas que tengo ojos de halcón y soy capaz de ver las pulgas de un gato a treinta metros de distancia. ¿No se te ocurrió pensar

que podría leer la nota?>

<Estoy muy enojado contigo, Tobías>, me quejé.

<Y tú me sacas de quicio, Ax. Pero todavía tenemos un asunto entre manos. Vamos, acabemos con Visser de una vez.>

Nos lanzamos en bloque contra Visser y sus guardianes. A mi lado, Rachel, que avanzaba como un maremoto marrón arrollador y, por encima de nosotros, volaba Tobías.

Cuando ya estábamos muy cerca, vi que Visser se tambaleaba.

¡El veneno! Sí, empezaba a causar efecto.

Visser Tres se dobló y cayó al suelo.

Los dos hork-bajir empezaron a temblar de miedo al ver aproximarse a un elefante arrasándolo todo y a Jake, el mismísimo demonio bajo aquel pelaje de rayas negras y naranjas, que se acercaba por el otro lado. Marco, en forma de gorila y Cassie, transformada en lobo y enseñando los dientes, se disponían a reunirse con nosotros.

Tobías había alcanzado a Visser y, tras elevarse hacia el cielo, se lanzó en picado contra él y lo golpeó con furia.

Pero para los guardianes el peor de todos era el andalita, su más terrible enemigo.

<Vuestro Visser está acabado —les informé—. Podéis quedaros y morir con él o echar a correr.>

Los controladores hork-bajir tomaron rápidamente una decisión y, en efecto, echaron a correr y desaparecieron de nuestra visa en cuestión de segundos. Cuando se trataba de huir, podían ser muy rápidos.

Visser estaba en el suelo. Lo rodeamos. Allí estaba el monstruo, solo, indefenso, como lo había estado Elfangor al final.

<¡No!>, exclamó Tobías.

Alcé la vista. ¿Por qué Tobías...?

Después, pegó las alas al cuerpo y

descendió a toda velocidad. Se precipitó hacia nosotros como una flecha y extendió sus garras en posición de ataque. Parecía como si fuese a golpearse contra el suelo y entonces...

<¡NO! ¡NO! ¡NO!>, gritó Tobías mientras se elevaba de nuevo.

<Tobías, ¿qué ocurre?>, le preguntó el príncipe Jake por telepatía.

<¡Se ha escapado! ¡Se ha escapado! El yeerk ha huido. Consiguió meterse en el agua y ha desaparecido. ¡Se nos ha escapado!>

<¿Qué? —grité—. ¿Qué ha pasado?>

<Que se ha ido, ¡Visser Tres ha

conseguido abandonar el cuerpo a tiempo! He visto cómo se arrastraba entre la hierba.>

No comprendía nada, no podía ser verdad.

<¿Que ha abandonado el cuerpo? — pregunté—. ¿Que Visser Tres ha abandonado a su portador?>

<Sí, salió por la cabeza del andalita y se deslizó hasta el agua —confirmó Tobías—. La corriente es muy fuerte y me resulta imposible distinguir nada debajo del agua. ¡No lo veo por ningún sitio!>

Observé a la criatura que yo siempre había identificado con Visser, claro que

Visser de verdad era un gusano gris, un yeerk. El cuerpo que tenía delante de mí era el de un andalita. Visser había huido. Había logrado escapar.

El andalita todavía respiraba, pero le costaba mucho trabajo moverse. Me miró con sus ojos principales.

Cuando estás cara a cara con Visser, sientes la fuerza maligna que emana de su ser pero en ese momento yo no sentía esa maldad. Sin duda sólo quedaba el cuerpo de un andalita, el yeerk había desaparecido.

<Mátame —logró articular a duras penas el andalita moribundo—, mátame antes de que se vuelva a instalar en mi

cerebro. Por favor, mátame. Te lo suplico.>

Mis corazones casi dejaron de latir, aquello era más de lo que podía soportar. Todavía, después de tantos años bajo el control de Visser Tres, el cerebro del portador andalita seguía vivo y consciente.

<Si no me equivoco, ya te he matado, amigo mío —susurré—. La serpiente...>

<No, no lo entiendes. Visser Tres... cuenta con fuerzas de apoyo que estarán aquí en tan sólo unos minutos. Media docena de cazas-insecto. Intentarán mantener mi cuerpo con vida, tu veneno

es demasiado lento.>

<Yo... pero tú eres andalita. No puedo matarte —protesté. Estaba desesperado—, no puedo...>

<Volverá a ocupar mi cuerpo —suplicó el andalita—. Los yeerks me encontrarán y me llevarán hasta él para que se instale en mi cuerpo y vuelva a dominar mi mente. No puedo más. Por favor, no puedo seguir así... He visto tantas cosas... ¿Es que no lo entiendes? Es espantoso.>

Intentó levantar la cola y acercarla a su garganta para suicidarse en un último intento desesperado, pero el veneno lo había debilitado tanto que su cola cayó

al suelo inerte.

<Lo entiendo —prosiguió con una tristeza desgarradora—. Escucha... me llamo... ¿cómo me llamo? Hace tanto tiempo... y el veneno... ah, sí, eso es. Me llamo Alloran-Semitur-Corrass. Yo era un Príncipe guerrero. Algún día... Algún día, si sobrevives... Tengo mujer y dos hijos... algún día... díles que todavía espero... díles que les quiero... >

<Sí, Príncipe Alloran, se lo diré. ¿Tienes alguna otra orden que darme?>

Extendió con dificultad una de sus débiles manos y yo se la estreché entre las mías.

<Lucha contra ellos —añadió—. Son más fuertes de lo que piensas. Se han... se han infiltrado... en todas partes... Lucha...>

Sus dedos se quedaron inmóviles y cesó de hablar. Puse su mano junto a su cuerpo inconsciente. Sabía que la próxima vez que viera esa cara, pertenecería al enemigo, a la abominación, a Visser Tres.

<Tenemos que largarnos de aquí cuando antes>, advirtió el príncipe Jake.

<Vamos, Ax —me animó Tobías—, ya habrá una segunda vez.>

«Dame la libertad o dame la muerte», dijo un tal Patrick Henry. Me pregunto si los yeerks, antes de aventurarse a la conquista de la Tierra, sabían que los humanos decían cosas como ésas. Me pregunto si sabían dónde se estaban metiendo.

**Extraído del diario  
terrácola de Aximili-  
Esgarrouth-Isthill**

<Nosotros lo llamamos la Ley de la Bondad de Seerow>, empecé.

Nos hallábamos en el bosque donde yo vivía, un bosque del planeta Tierra.

Habían transcurrido dos días desde los terribles sucesos de la pradera y desde entonces había estado reflexionando sobre muchas cosas y después les había pedido a mis amigos que se reunieran conmigo.

—¿Y qué significa? —me preguntó Rachel.

Mi amiga permaneció de pie, con los brazos cruzados. Creo que se trataba de una muestra de escepticismo.

<Significa que bajo ningún concepto

podemos transferir tecnología avanzada a ninguna otra raza —expliqué—. Es una ley muy importante, de hecho es una de las más importantes.>

—No queréis competencia ninguna, ¿eh? —continuó Marco—. Vosotros los andalitas queréis manteneros siempre a la cabeza, cosa que me parece muy bien, pero los humanos estamos de vuestro lado. Nosotros somos los que estamos siendo invadidos.

—Marco —intervino el príncipe Jake—, relájate y deja que Ax termine su historia.

<Seerow fue un gran andalita, un guerrero y un científico. Él... él dirigió

la primera expedición andalita al planeta de los yeerks.>

Percibí cómo la tensión se apoderaba de mis amigos humanos. Tobías revoloteó en silencio hacia otra rama más baja.

<Seerow sintió lástima de los yeerks. Eran una especie inteligente que utilizaba como portadores a una especie primitiva, los gedds, que estaban casi ciegos y eran torpes y bastante inútiles, la verdad. Los yeerks nunca habían visto las estrellas y menos aún abandonado su planeta. Seerow sintió pena. Seerow era un andalita bueno y amable...>

—Dios mío —susurró Cassie—, así

que ése es el gran secreto de los andalitas. Ésa era la vergüenza que los andalitas esconden.

—¿El qué? —preguntó Rachel—. ¿Qué gran secreto?

—Seerow les enseñó a los yeerks tecnología avanzada, ¿verdad? —preguntó Cassie.

<En efecto —asentí—. Seerow creyó que los yeerks también tenían derecho a viajar a las estrellas como nosotros. Al principio todo fue bien, pero después... una especie llamada nahara... Para cuando lo descubrimos ya era demasiado tarde. Todos los nahara habían sido esclavizados. Los yeerks

habían sometido a toda la especie. Luego esclavizaron a los hork-bajir y después a los taxxonitas y a otros planetas... miles de razas sucumbían ante el poderoso imperio yeerk. ¡Se extendieron como una plaga! Millones... billones de seres libres cayeron en manos de los yeerks o fueron destruidos. Todo por culpa de Seerow, por culpa nuestra, por culpa de los andalitas.>

Mis amigos guardaron silencio. Yo sabía cómo iban a reaccionar. Primero habían considerado a los andalitas unos héroes. Luego, empezaron a sospechar y por fin veían confirmadas sus sospechas. Ahora sabían que los andalitas no eran

los salvadores de la galaxia.

—Sin embargo Elfangor quebrantó la Ley de la Bondad de Seerow, ¿verdad? —señaló Marco.

<Sí, pero yo asumo la culpa por él. Elfangor fue un gran héroe. Su nombre sería manchado. Yo no soy nadie. Por eso he asumido la culpa. Si os ayudo y vosotros, los humanos, os convertís en una nueva raza de conquistadores, en los nuevos yeerks, mi gente hablará de la Bondad de Aximili. Y yo pasaré a la historia como otro ejemplo de estupidez.>

Vi que Rachel sonreía y negaba con la cabeza.

—Y yo que estaba empezando a odiarte, Ax —comentó Marco poniendo los ojos en blanco.

No entendía nada. Esperaba que se enfurecieran conmigo y, sin embargo, todos estaban sonriendo.

<Pero ¿no lo veis? Vuestro mundo está amenazado por los yeerks y todo por culpa nuestra.>

—Sí, claro que lo vemos, Ax —asintió el príncipe Jake—. Hace mucho tiempo alguien se portó bien y salió mal. El tal Seerow hizo una buena acción, esperaba que las diferentes razas de la galaxia se llevasen bien y que todos pudiésemos viajar juntos a las estrellas.

<Sí, y el resultado fue desastroso.>

—Ax, uno no deja de tener esperanza sólo porque las cosas no salgan bien —explicó Cassie—. En todo caso se hace más sabio y actúa con más cuidado, pero la esperanza no se pierde.

—Mira, Ax —intervino el príncipe Jake—, nosotros nunca te hemos exigido ni te exigiremos que nos enseñes tecnología avanzada. No queremos que quebrantes tus leyes. Tan sólo queremos que confíes en nosotros, que nos digas la verdad, que seas uno de los nuestros.

—No estás solo, Ax —añadió Cassie con dulzura—. Quizá no seamos tu gente, pero somos tus amigos.

—Tu amigo Seerow no se equivocó —aclaró Marco—, el problema fue que no escogió a la raza adecuada. Nosotros no somos los yeerks. Somos *Homo sapiens*, humanos. Los andalitas están buscando una especie que les acompañe para viajar por las estrellas, ¿no? Pues ya la han encontrado. Vosotros poned las naves, que nosotros traeremos los Raisinets y los bollos de canela.

<Yo sé que haréis más que eso —repliqué—. Aprenderéis rápidamente y algún día superaréis a los andalitas.>

—No —puntualizó el príncipe Jake—, porque todo lo que aprendamos lo compartiremos con vosotros.

<No es posible —insití—, somos dos razas totalmente diferentes y venimos de mundos opuestos y separados por cientos de miles de kilómetros terrícolas.>

<Ax-man —intervino Tobías—, dime una cosa, ¿qué es lo que más desea un andalita? ¿Por qué lucháis?>

<Por la libertad, por supuesto>, contesté.

<Y ¿qué es lo que más desean los humanos?>, preguntó Tobías.

—La libertad —respondió Jake.

—La libertad —corroboró Rachel, asintiendo.

—La libertad —contestaron Marco y

Cassie a la vez.

<La libertad —añadió Tobías—. Cuerpos diferentes, especies diferentes pero ¿qué importa eso si estamos de acuerdo en lo esencial?>

Guardé silencio durante unos minutos. Supongo que me sentía un poco abrumado. Luego reparé en algo que me hizo sonreír.

<¿Veis? Ya está sucediendo>, dije al fin.

—¿El qué? —preguntó Rachel.

<Ya les habéis enseñado algo a los andalitas —aclaré—. Tenéis razón. Nuestra guerra es la misma, luchamos por el mismo objetivo.>

—A los andalitas de tu planeta puede que nos les guste mucho la idea —recordó Rachel.

<Ya lo sé. Allá arriba tienen sus leyes y tradiciones y están convencidos de que saben lo que se hacen. Si alguna vez vuelvo a casa, tendré mucho que explicar.>

<Sí, tal vez sí —asintió Tobías—, pero sé de un andalita que hubiera estado muy orgulloso de tí.>

—¿Estás con nosotros? —me preguntó el príncipe Jake.

<Sí, príncipe Jake.>

—No me llames Príncipe.

<De acuerdo, príncipe Jake>, repetí

otra vez.

—Muy bien —intervino Marco frotándose las manos—, y ahora que todo ha quedado aclarado, y que por fin nos consideramos todos iguales y se acabaron las mentiras... creo que todos estamos deseando hacerte la gran pregunta, Ax. Una pregunta trascendental que pondrá a prueba nuestra amistad.

Todos asintieron.

<¿El qué?>, pregunté un poco nervioso.

—¿Cómo... cómo te las apañas para comer sin boca? —preguntó Marco.

<Ah, eso —me eché a reír—. Comemos al correr. Las pezuñas

machacan la hierba y de esa manera absorbemos los nutrientes. Lo mismo que para beber, basta con sumergir una pezuña en el agua.>

<Vaya, así que en eso consiste el misterioso ritual de la mañana, por eso introduces una de tus patas en el agua>, comentó Tobías.

—¿Ritual de la mañana? ¿De qué habláis? —preguntó Rachel.

—Sí, cuéntanos —insistió Cassie.

<De acuerdo —convine—. Os lo contaré todo. Os contaré todo lo que sé.>

Entonces miré fijamente a Tobías y me encontré con su intensa y penetrante

mirada. Quería hacerle entender a mi amigo que también respondería a esa pregunta que seguro le quemaba las entrañas.

Pero la pregunta nunca se formuló y no pude evitar recordar las palabras de Tobías como un eco: <Tal vez cuerpos diferentes, especies diferentes, pero ¿qué importa eso si estamos de acuerdo en lo esencial?>

Ni yo ni mi *shorm* Tobías podemos sonreír, pero hay veces en que una mirada nos basta para comprenderlo todo a la perfección, y entonces sonreímos.

# 21

<Harás lo que te ordeno porque si no buscaré el modo de contarle a Visser Tres que tú fuiste el instigador de todo>, amenacé a Eslin, el yeerk traidor.

Me hallaba en el observatorio. Estábamos los dos solos y Eslin me miraba furioso.

—Escoria andalita, ni siquiera has sido capaz de eliminar a Visser. ¿Qué te pasa? ¿Acaso también te da miedo?

<Conecta el *software* de una vez — le ordené—. Necesito hacer una transmisión. Sólo una vez más, Eslin, y después desapareceré de tu miserable

vida para siempre. Venga, hazlo.>

Pasaron unos minutos hasta que la transmisión de espacio cero se estableciera. Después tuve que esperar un rato para ponerme en contacto de nuevo con el gran Lirem.

<Ésta es mi última comunicación —expliqué—. Tengo un mensaje para la mujer de Alloran-Semitur-Corrass, de parte de su esposo.>

Me resultó halagador ver que los ojos del viejo Lirem se abrían como platos de repente. Él sabía de sobra quién era Alloran y lo que era.

<Su marido le envía su amor. No ha perdido la esperanza de ser libre algún

día.>

<¿Eso es todo lo que tienes que decir, *aristh* Aximili?>

<No... Sólo una cosa más. Intentasteis salvar a los hork-bajir acatando nuestras leyes y silenciando nuestros secretos, pero fracasasteis.>

<No sigas. No digas lo que estás a punto de decir, Aximili —advirtió Lirem—. No desobedezcas las leyes de nuestro pueblo.>

<Yo... príncipe Lirem, estos humanos son ahora mi pueblo. Y, señor, con todos mis respetos a la ley y a tí, no permitiré que los humanos sean destruidos como lo fueron los hork-

bajar, al menos no mientras yo viva.>

<Debe de ser cosa de familia — gruñó Lirem al tiempo que entornaba sus ojos amenazantes—. Eres igual que tu hermano Elfangor.>

<Gracias, Príncipe —me reí—. Muchas gracias.>



KATHERINE ALICE APPLGATE.  
(Michigan, 19 de Julio de 1956) Es una autora americana bien conocida por sus exitosas sagas *Animorphs*, *Remnants* y *Everworld* entre otras sagas, si bien algunos de los libros de dichas series fueron coescritos por autores fantasma.

Ganó el *Best New Children's Book Series Award* de la revista *Publishers Weekly* en 1997, y su libro *Home of the Brave* le ha brindado dos premios más. Para más información, visita su web personal en <http://www.katherineapplegate.com/>.